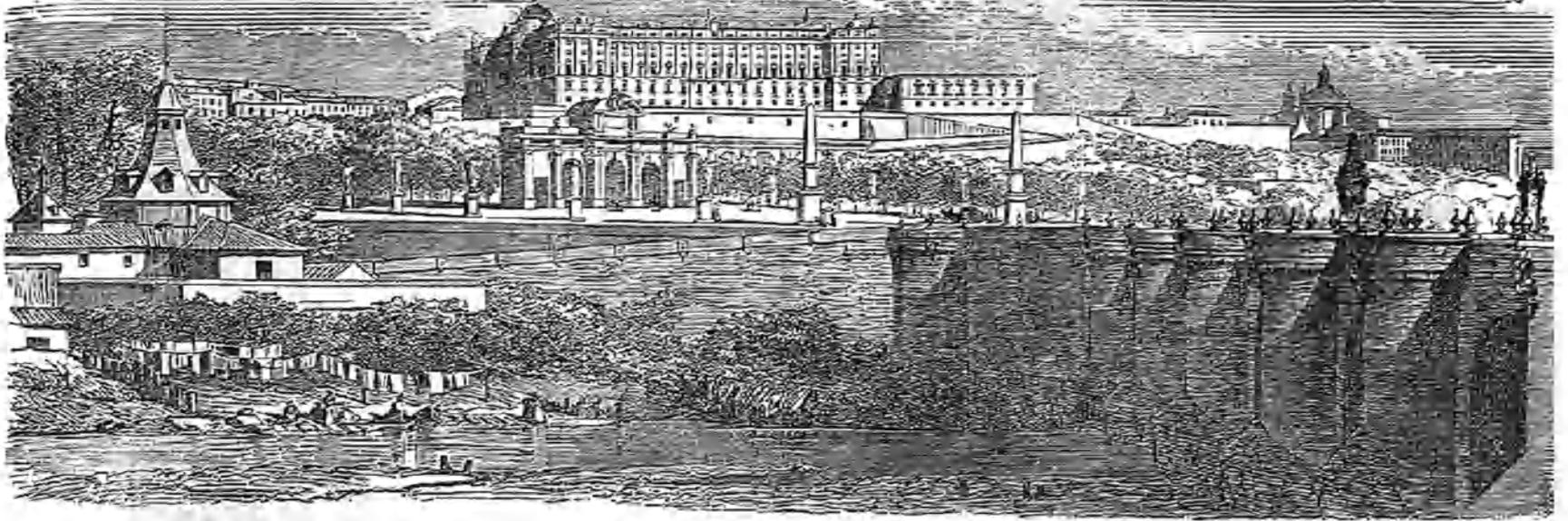


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO II.

MADRID 13 DE OCTUBRE DE 1871.

NÚM. 43.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Flores.—Teatro español del siglo XVI, artículo II, por D. Manuel Cañete.—Las novelas genealógicas, por D. Antonio de Traba.—Costumbres del siglo XVII, por D. Julio Moreau.—La Exposición de Bellas Artes, por D. Ferrnán García Cadenas.—Revista de la escuela fundada en el puerto de Barcelona, por X.—Manifestación radical, por La Redacción.—Tal para cual (poeta), por D. Ángel Rodríguez de Chavez.—Baños de Archena, por X.—Advertencias.

GRABADOS.—Excmo. Sr. D. José Malcampo y Monge, presidente del Consejo de ministros, dibujo de D. A. Pérez.—Exposición de Bellas Artes. Sección de pintura. Campesinos romanos, cuadro de D. Ramon Casas, dibujo del mismo.—Excmo. señor D. Antonio de los Rios y Rojas, dibujo de D. A. Pérez.—Exposición de Bellas Artes. Sección de grabado. La consulta, dibujo de D. Francisco Pradilla, grabado por D. Alfredo Carretero.—Baños de Archena, dibujo de D. Daniel P.—Manifestación radical celebrada en Madrid con motivo de la derrota parlamentaria del Ministerio presidido por el Excelentísimo Sr. D. Manuel Ruiz Zorrilla, dibujo de D. J. L. Pellicer.—S. M. el rey revista en el puerto de Barcelona la escuela del Mediterráneo, dibujo de don E. Montaña.

partía ella los caramelos y los emparedados y las sopitas de chocolate: los ojos del uno eran el espejo del otro; sus almas, olvidadas de sí mismas, se confundían en una sola aspiración: la de vivir y morir unidos para siempre. ¡Qué hermoso es el amor! Y resultaba de esto que, como he dicho, concluían por casarse.

Peró aquella devoradora llama se extinguía bien pronto, y ya calmado el inesplicable afán, mezcla de dulce tristeza y de satisfacción melancólica que llenaba sus almas, los mundos que imaginó el amor aparecían desiertos. Ella quizás es más hermosa que antes; él es ahora mejor mozo que lo fué nunca; sin embargo,

ambos han vuelto á ese cruel estado normal de la vida, la indiferencia, y han puesto en su corazón un rótulo que dice: Este cuarto se alquila. ¡Qué ha ocurrido en tan poco tiempo que haya podido ocasionar tan grande mudanza! Sólo ha ocurrido, me parece, que se han casado.



EXCMO. SEÑOR DON JOSÉ MALCAMPO Y MONGE, PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS.

Aplicad cuanto llevó dicho á cierto matrimonio norteamericano, y tendreis el principio de una historia que refieren los diarios extranjeros, y que yo á mi vez he de contaros.

Pues una mañana, al entrar el esposo en el cuarto de su mujer, se encuentra entre los frascos de aguas olorosas, y los polvos de arroz, y los báculos postizos, una carta en que ella le dice que huye para no volver jamás; que es muy desgraciada, y que la compadezca y que la olvide. ¡Terrible caso en que los ménos dan gracias al Señor por una proteccion tan visible, y en que los más descuelgan la vieja tizona de sus antepasados clamando venganza! Esto fué lo que hizo el yamés, y se puso á buscar á los fugitivos;—porque desde luego creyó á su mujer incapaz de haberse marchado sola.

A los pocos dias conocía la casa donde se ocultaban los culpables. Entra en ella con varios criados, apodérase del amante, lo da un baño de brea y después... lo empluma. Hecho esto, dice á su gente que

ECOS.

Suele suceder que dos novios se casan muy enamorados. Hasta el momento de recibir la bendición nupcial no han sabido vivir el uno sin el otro. Si al cruzar por delante de la casa en que vive la novia encontraba Vd. al galán, al levantar los ojos hacía los balcones... allí estaba ella: si por acaso la veía Vd. en paseo, detrás iba él: con él bailaba ella todos los rigodones en los sarao; con ella tan sólo hablaba él en todas las reuniones; con él

deja suelto al rey, y sacando un estoque finge querer atravesarle. Salía el amante por la puerta que se daba en la nueca con los talones, el marido detrás, y los criados de escolta. La multitud le abre paso, viendo entre asustada y curiosa venir un animal tan extraño; los perros a la carrera le van desplumando las pantorrillas; los granujas corren y gritan; desmayanse las mujeres... ¡Desdichado galán, parecía un pollo desertor que vuelve perseguido al gallinero!

En fin, hecho objeto del ridículo general, el amante ha tenido que abandonar Nueva-York. Lo compadezco. ¡Cuántas lágrimas habrá vertido el infeliz cuando para volverle a su pristina forma le hayan descañonado!

En otros tiempos los maridos remendaban su honra con el pellejo de los culpables: el norteamericano en cuestión ha comprendido más sabiamente que el ridículo sólo puede curarse con el ridículo.

Similia similibus curantur. ¡También el honor se cura hoy por la homeopatía!

¿Y la mujer? ¿qué hizo de la mujer el agraviado esposo? preguntarán Vds.

Nada dicen las crónicas. Yo supongo que volvería a llevarse a casa.

¡Dícan Vds. que eso es inverosímil!

Veo que no conocen Vds. el corazón humano.

Si el procedimiento del Otelo de Nueva-York cae en gracia a los esposos ultrajados, los adúlteros van a encontrarse entre estos dos extremos:

O ser desplumados por la mujer, ó ser emplumados por el marido.

Habrán maridos que critiquen el sistema diciendo que eso es poner plumas a la deshonra para que vuelva mejor; pero su adopción traería a la humanidad una gran ventaja:

Que entonces sería muy fácil aprender a volar.

* * *

Siempre que iba yo al teatro de la Ópera y oír cantar a la Patti, me quedaba, como todos, suspenso de las sublimes notas que nacían de aquella garganta de ángel. ¡Oh, celestial poder del canto! Nadie se movía; nadie respiraba; las hermosas damas y satinados pollos que ocupaban palcos y plateas interrumpían sus coquetos y murmuraciones; los espectadores de las galerías se inclinaban sobre las barandas como fascinados, y los habitantes del paraíso, de pie y sostenidos unos en otros, ponían los ojos en blanco, llevábanse las manos al pecho, y parecían seguir en el cielo el vuelo de aquellas notas divinas que subían en alas del aplauso a su verdadera patria. ¡Bravo! ¡bravísimo! ¡divino! ¡piramidal! ¡absurdo!... exclamaban los hombres de Estado que presumen de inflexible carácter, los magistrados que han perdido la sensibilidad con el relato de los crímenes; los generales impávidos ante los abusos y ametralladoras, las damas de polison y oscarilla, los elegantes de americana y perro, los tenderos, los estudiantes, las amas de cría, los oficineros, los acomodadores... ¡la sociedad entera!

El amor, ¡ay! encerró ese ruiseñor en la jaula del matrimonio: la Patti dió calabazas al arte y se retiró de la escena.

Se anuncia, sin embargo, que este invierno cantará en Barcelona.

¿Quién lo duda? Su destino es morir haciendo gorgoritos.

* * *

Los vecinos del futuro Madrid, quiero decir, los que viven en el barrio de Salamanca, hacen insertar gacetas en los periódicos pidiendo al Ayuntamiento que constroya un mercado en aquel punto.

Es muy justo. Más que barrio es aquello una población, y una población de gente culta *comme il faut* gastronómica. El pobre con tener hambre tiene bastante para que todo le sepa bien; pero los ricos necesitan que los alimentos sean frescos y que los manjares estén en su punto.

Además, no es conveniente que las criadas hagan un viaje de dos ó tres kilómetros para llenar la cesta. Se llega tarde a la plaza y se carga con los desperdicios.

Son cuatro horas perdidas, pues la doméstica ha de echar sus párrafos con el carnicero, con el maragato y con la que vende rábanos y perejil. Por añadidura, vuelve a casa acompañada de algún cabo de gastadores, que con marcialas frases la prueba su amor y también las provisiones. El establecimiento de un mercado sería, pues, una gran mejora.

Verdad es que muchos hacen viajar en *omnibus* a la criada y la cesta. Así, en efecto, se gana tiempo, aunque se pierde dinero. Lo que no se evita es el pago del diezmo. Id por la mañana a la fuente de Cibeles, veréis pasar los *omnibus*; parecen furgones; están horizados de roses y gorras de cuartel. Recordareis al verlos el Robo de las Sabinas y gritareis tal vez:

¡Paso a Marte y a Venus que vuelvan de la compra en tranvía!

* * *

Una reunión muy importante se ha verificado en la capilla de San Isidro: reunión de que acaso se resentirá en lo sucesivo la base y fundamento de la sociedad.

Nuestra base y fundamento son los zapatos: la reunión era de oficiales de zapatero.

En ella se habló, según me han dicho, de suelas secas y mojadas, de la *Comune*, de contrafuertes, de *La Internacional* y de zapatos ruasos. Todo con objeto de probar que los maestros de obra prima son unos monstruos de avaricia y de egoísmo.

A riesgo de que me acuséis de *internacionalista*, diré que acaso los acólitos de la lezna tengan razón. Nadie como un zapatero debe saber dónde le aprieta el zapato.

De resultas de esta reunión se anuncia una huelga de oficiales de zapatero. Si *La Internacional* la hace extensiva a otros puntos, como se teme, todo será civilizado hará vida de familia por no tener botas con que salir a la calle.

Excepto los banqueros y los príncipes, que tienen el coche por zapatos.

* * *

La división que ha surgido entre las fracciones que componían el partido progresista democrático, ha elevado a la presidencia del Consejo de Ministros al teniente general Sr. D. José Malcampo.

En este número publica LA ILUSTRACION DE MADRID su retrato.

* * *

Confieso que alguna vez he protestado contra la guerra y deseado al género humano eterna paz. Confieso también que no me inspiraban simpatías las epidemias. Sin embargo, he asistido a las conferencias celebradas en el Ateneo militar el mes pasado, y declaro que mis opiniones se han modificado en parte.

No hay duda que la guerra ha sido el vehículo de la civilización. Las Cruzadas trajeron al Occidente las ciencias, las letras y la industria; los ejércitos de Napoleón eran los ejércitos de la libertad; los prusianos han vencido porque son los más fuertes, pero son los más fuertes porque son los más ilustrados.

Las guerras son las escalas por donde la humanidad llega a su perfeccionamiento: el individuo muere; pero el género humano progresa.

En cuanto a las epidemias, por razones meteorológicas, son también altamente beneficiosas.

Penetraos bien de estas ideas, que desgraciadamente son muy exactas, y os rompereis la cabeza con el vecino sólo por galantería hacia las futuras generaciones, y suprimireis ante la fiebre amarilla y el cólera morbo esos cobardes egoísmos que se llaman cuarentena y cordones sanitarios.

* * *

Por fin la Exposición de pinturas abre sus puertas. ¡Salud, templo del arte!

Entremos y veamos si en efecto hay mucha diferencia de lo vivo a lo pintado.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

TEATRO ESPAÑOL DEL SIGLO XVI.

EL REGISTRO DE REPRESENTANTES

DEL VALENCIANO JUAN DE TINOCEDA.

ARTÍCULO II.

El *Paso de los Ladrones*, segundo de los anónimos y de los incluidos en el *Registro*, se funda en una ingeniosa estratagema ideada y puesta en práctica por tres redomados perillanes, de los que no faltaban entonces y sobran ahora, para burlar y robar a un infeliz llamado epigramáticamente *Buenalma*: que rara vez el que la tiene deja de enredarse en los ardidés y trapacerías de malvados engañadores. Y como pareciera en mi presunción tratar de rehacer la sumaria noticia del argumento con tanta lucidez expuesto por Moratin, apelo a su acabado resúmen para que se comprendan mejor los pasajes ó trozos de diálogo que voy a dar á conocer.

«Salinas y Buitrago (dice) se recomiendan a Cazorla para que les instruya en el oficio de que son principiantes: Cazorla les da varios consejos sobre lo que deberán practicar si llegan á caer en manos de la justicia para salir menos mal de los interrogatorios, de los carcos y del potro: les refiere varios ardidés de que ha usado durante su larga carrera, y les da alguna noticia de la nomenclatura germanesca usada entre los de su ejercicio: sale Joan de Buenalma con una cesta de huevos, trama conversación con el Buitrago y Salinas: éste le desafía á saltar á pié juntillas, y como Joan de Buenalma le desprecia y dice que en conciencia no puede apostar con él por la conocida ventaja que le lleva, disponen que salte con los piés y los brazos atados: él se aviene á ello, y al ir á dar el salto, ve que Salinas se escapa llevándose el dinero apostado: Buitrago, á quien dió á guardar el capote, se va en seguimiento del otro: Cazorla con la cesta de los huevos echa á correr detrás de los dos, y Joan de Buenalma se queda atado de brazos y piés, sin dinero, sin capote y sin cesta.»

El fin principal de este *pase* es regocijar al auditorio con la traza de que se valen los ladrones para burlar al simple Buenalma: escena cómica imaginada con no poco acierto, en la que el juego escénico suple (según observa Moratin atinadamente) lo que falta de acción á la pieza, y que ha sido imitada despues en varios entremeses y sainetes, y hasta en obras de mayor extension é importancia. Pero si la escena accion en que estriban la vida y movimiento del cuadro se halla como concentrada en su segunda mitad, bastante menos extensa que la primera, ésta en cambio pinta con seguro pincel la índole característica de los tres ladrones, y muy señaladamente de Cazorla, peritísimo en eludir el rigor de la justicia y de la ley, mediante los recursos de su imaginativa y anañaneras invenciones y artificios.

Los rasgos de ingenio de los autores cómicos siempre son dignos de estudio, porque aun á través de la más exagerada caricatura se descubre algo de lo que cree, piensa ó tolera la multitud á quien el poeta se dirige. Pero esos rasgos son todavía de mayor interés, si nos ponen en el secreto de la vida íntima de tal ó cual clase social, que es precisamente lo que sucede con la primera mitad del *pase* á que me refiero. Hay además en ella otra circunstancia que la avalora. En las instrucciones del *ladron viejo* al *ladron nuevo* y al *moso*, Cazorla declara el verdadero significado de muchas voces germanescas: interpretación auténtica muy de agradecer, no menos por referirse á los tiempos en que tal vez se usaban más entre la gente perdida, y en los cuales se ha ostentado la lengua española con mayor variedad y riqueza, que por ser necesario penetrar su sentido propio y genuino para comprender muchos pasajes de nuestros grandes novelistas y escritores de los siglos XVI y XVII.

Los aficionados á estos curiosos estudios tendrán gusto sin duda en conocer textualmente un cuadro de costumbres (que es para nosotros como enteramente nuevo) dialogado con el córta propio de la escena, y en que resplandecen la verdad y natural colorido por quien se han hecho tan populares un siglo y otro novelas como *El Lazarillo de Tormes*, *El Escudero Marcos de Obregon*, *El pícaro Guzman de Alfarache*, y otras de igual ó menor mérito literario.

Véase, pues, de qué modo discurren en el *pase* anónimo á que se alude los tres consabidos ladrones:

«Cazorla.Hora mirad, hijos míos, toda hora; y cuando os halláredes delante de algun juez destos de Castilla (ya veis que con tener una vara en la mano pareces que quieran asombrar al mundo), habeis de

tener tres cosas: disimulacion en el rostro, presteza en las palabras, sufrimiento en el tormento. Porque todo es un poquito de aire; no hacen sino apretaros unos cordelitos á los piés y haceros tragar algunos jarrillos de agua. Bebes el hombre por su pasatiempo, de que tiene gana de beber, seis ó siete, mirá qué maravilla!

Buitrago.
Cazorla.

Eso verísimo está, señor Cazorla. Hora, mirá: en hallaros delante de algun juez, si os preguntare *de acá, ¿de dónde eres?*—luego le habeis de responder: señor, de un lugar de Castilla la Vieja, el primero que os viniere á la boca. Catad no digáis que sois andaluz por la vida, que tienen bellaguisima fama los andaluces; porqué en decir andaluz, luego lo tienen por ladron; si de Castilla la Vieja, por hombre sano y sin doblez de malicia. Si os preguntare cuánto ha que venistes, habeis de responder: señor, anoche llegué, aun que haya mil años que esteis en el pueblo. Y si porfiare: aquí hay quien os ha visto, acudid de presto diciendo: mire, señor, que un diablo se parece á otro. Y si os dijere: ¿dónde dormistes? diréis: señor, como llegué tarde no hallé posada; dormí bajo de un banco de un tundidor. Porque si decís que habeis posado en algun meson, por la ropa pueden sacar rastro de vuestra vivienda.

Buitrago.

Largos y descansados días viva, señor Cazorla.

Salinas.

Avisado hombre sois en esto de la justicia.

Cazorla.

Muy bien lo he pagado, hartos sudores me cuesta. Por tanto, tened atencion, hijos míos. Si algun juez os preguntare qué oficio tenéis, responded con lengua presta y sereno rostro, si venís bien tratado, que servís á un caballero; y si no tal, de peon de albañil. Catad no nombreis oficio de calle; porqué si decís que sois saastre, luego os miran por do pisa el aguja, por do entra la puntada, y si no os hallaren callos en las manos, luego dirán: sin duda éste ladron es; y veros heis en trabajo.

Buitrago.

Consejo de padre es ese por cierto.

Salinas.

Señor Cazorla, ¿usa aldabas?

Cazorla.

¿Qué son aldabas?

Salinas.

Si eras asaz.

Cazorla.

¿Qué son asaz?

Buitrago.

Orejas.

Cazorla.

¿Sois nevatos! Andad, hijos míos, non la leche en los labios. Sois palominos duendos, que os dais á entender. Porque sabeis decir asaz ó aldabas, cortar una bolsa, dar golpe en una faldriquera, hacer una encomienda en el pecho á un carretero, os figurais que sois ya ladrones corrientes y molientes, y que podéis nadar sin calabaza. Acá entre vosotros los hormigueros, llamais asaz ó aldabas; allá entre los jayunes de popa, no llamamos sino: ¿criais miras?

Buitrago.

Que si terná.

Cazorla.

Que no tengo más que en esta mano. Y si pensáis que las tengo, venís muy engañados; que, loores á Dios, cuarenta y cinco años habrá al Marzo que viene que vivo sin ellas, y me sustentó con este oficio de ladroncío con hartos trabajos y desasosiego de mi persona, donde me he visto con peligro de perder el albañil del pan por mi pobre consciencia.

Signe contando el rapaz mentor las tretas de que se valía para burlar la perspicacia y sagacidad de los jueces, no sin excitar admiracion en sus noveles cofrades, y luego continúa el diálogo en esta guisa.

Salinas.

Señor Cazorla, querría que nos dijese algunos nombres cifrados en esto de nombrar ropa.

Cazorla.

Soy muy contento. Estad atentos, hijos míos. Nosotros los cursados ladrones llamamos á los zapatos calcurros; á las calzas, tirantes; al jubon, justo; á la camisa, lina; al sayo, zarzo; á la capa, red; al sombrero, poniente; á la gorra, alirante; á la espada, baldeo; al puñal, caleta; al broquel, rodaneño; al cazo, asiento; al

jaco, siete almas; á la saya de la mujer, campana; al manto, serañcalo; á la sobayana, cálida; á la sábana, paloma; á la cama, píltra; al gallo, cantarro; á la gallina, tened cuenta, hijos míos, tiene cuatro nombres: gomarra, pica en tierra, cebolla y piedra.

Buitrago.

Muy bien entendido está eso. Diganos algunos nombres de ladrones, segun á lo que se aficionan á robar.

Cazorla.

Habeis de saber que los que andan hurtando ganado, llamamos avejeros; á los que hurtan puercos, groñidores; á los que hurtan yeguas, caballos y otros animales, cuatteros; á los que andan escalando ventanas, garirteros; á estos que veen una puerta descuidada, calateros; á los que andan con flor de trocar un real de á cuatro, marcadores; á los que cortan bolsas, sicateros; á estos que van hurtando granados ó membrillos, y uvas y cosas bajas por el mercado, baja cerreros.

Salinas.

Señor Cazorla, agora que eres viejo, ¿en qué entiendes ó vives?

Cazorla.

Mirá, hijo: míos, por ser tan negro conocido no me allego á persona que no se espine ó altere de mí. ¿No habeis oido decir cobra buena fama y échate á dormir, y que cuando una no es buena para ser buena mujer resulta en al...?

Buitrago.

Es mucha verdad.

Cazorla.

Pues así me ha acontecido á mí agora: que ya que no soy bueno para ladron, he puesto una tendezuela de ropavejero. Y de que viene alguno con un herruelo desmandado póngole unas mangas, hago un tudeaquillo; á una capa quitole la capilla, queda hecha herruelo; á un herruelo chico póngole una capilla, hágole capa; á un sayo quitole las haldas, hágole jaqueta; á una jaqueta póngole unas haldas, hágole sayo; á una saya de mujer quitole la guarnicion, póngole otra; á otras vuelvo lo de tras adelante y lo de dentro á fuera. De que toman algun ladron, preguntante: ven acá, ¿quién te conoce? Luego dice: señor Cazorla. Abónolo; sácole de la prision. De que esgrime de sobaco, parte conmigo. Veis aquí, hijos, de qué manera vivo.

Salinas.

Harto me parece honestísima vivienda.

La astucia del desorejado Cazorla se parece, como dos gotas de agua, á la que emplean hoy dia los muchos Cazorlas sin desorejar que abundan en las grandes poblaciones. Lo cual prueba que el hombre de bajos instintos dado á obtener por la rapiña lo que no le gusta adquirir con el trabajo, ha sido el mismo siempre, bien que en ciertas épocas tenga menos necesidad que en otras de recatarse y adelgazar el ingenio para evitar persecuciones de la justicia. Por lo demas, el tono zumbon con que habla Cazorla del tormento (que entonces se aplicaba tambien en el procedimiento criminal ordinario) manifiesta no haberle parecido los cordeles y el agua, aunque los conocia muy de cerca, ni tan terribles como á otros, ni bastante eficaces para el escarmiento.

Cuando más engolfados están en su plática Salinas, Buitrago y Cazorla, dejase ver Juan de Buenalma con la cesta de huevos, departiendo consigo mismo. Desde ese instante cobre el paso mayor animacion y se precipita con rapidez al término de la burla del simple, que es tambien la conclusion natural de la obra. Escena dispuesta con tal sobriedad, y desarrollada con tanto acierto, merece ser conocida.

Salinas.

En hora buena venga el hombre de bien.

Buitrago.

Dios os guarde.

Juan.

Qué, ¿conocésceme, señores?

Buitrago.

Mirá si os conocemos! ¿No sois de aquí deste pueblo?

Juan.

Sólo, á servicio y mandado de vuestras mercedes.

Buitrago.

¿N' os llamais vos...? Várame Dios, que no se me puede acordar... que en cabo de la lengua os tengo...

Juan.

Juan de Buenalma.

Buitrago.

Así es la verdad.

Salinas.

¡Oh, señor Juan de Buenalma! ¿Y á do bueno!

Juan.

Dá aquí vengo de traer unos cuantos huevos para que mi muger los cuele á una clueca que tenemos.

Salinas.

No penseis, que ha sido cargo importante encomendaros semejante negocio.

Juan.

Dígame vuestra merced, que sabré en esto de echar cluecas: ¿cuántos huevos son de menester para una clueca?

Buitrago.

¿Por qué lo decís?

Juan.

Porque no se me acuerda cuántos dijo mi muger que trujese.

Salinas.

Esperá, yo os lo diré mejor que no él: seis docenas.

Buitrago.

Quita allá, rapaz, que no sabes lo que te dices. Señor Juan de Buenalma, tres docenas sobran.

Salinas.

No, ni abastan. ¡Mira qué sabe él!

Buitrago.

Más que sabes tú, borrachuelo.

Salinas.

Mira el maja granzas.

Juan.

Señores, no riñan, por amor de Dios, sobr' eso.

Cazorla.

¿Qué quistion es esta?

Juan.

Yo se lo diré á vuestra merced, porque parece más hombre de bien que todos, si no me engaño; digo, más anciano, y lo sabrá mejor. Este señor dice que para echar una clueca son de menester seis docenas de huevos; este otro que tres; él ¿qué dice?

Cazorla.

¿Cuántos traeis vos, Juan de Buenalma?

Juan.

Qué, ¿tambien me conoces vuestra merced?

Cazorla.

¡Mirá si os conoces! Y an que sois casado con una honrada muger deste pueblo.

Juan.

Honrados días viva vuestra merced. Yo, señor, traigo dos docenas á buen jocio, porqué se me olvidaron los que me dijo mi muger.

Cazorla.

En verdad, Juan de Buenalma, que tuvistes habilidad, que tantos son de menester.

Salinas.

¡Otra saya! ¡Mirad estotro desmemoriado con qué vino! ¡Habilidad diz que es aquello!

Juan.

Si que es habilidad, pues qu' el señor lo dice. ¿Que t' entiendes tú de habilidades?

Salinas.

Hora venid acá: pues tanta habilidad es la vuestra, ¿cuántos son siete, ocho y nueve?

Juan.

No, no, en cosa de cuenta yo sé que me engañaría, que no sé más que un asno.

Salinas.

¿Sabeis saltar?

Juan.

¡Quita de ahí, mesgicó d' especias! Mirad quien pregunta si saben saltar.

Salinas.

Si tanta fantasía es la vuestra, apostá un real quien saltará más á piés juntillas.

Buitrago.

Desde agora poné yo por el señor Juan de Buenalma.

Juan.

Mercedas, señor; no cumple que nadie ponga por mí.

Salinas.

Ea, poné por vos.

Juan.

Cata qu' el diablo te añesga, mochacho. Yo sé que perderás, sabandija.

Salinas.

No se me da nada.

Juan.

Á mí se me da; qu' es cargo de consciencia igualarse un hombraco como yo con un mozo sin barbas ni pelo de vergüenza.

Cazorla.

Tiene razon aquí el señor Juan de Buenalma; porque si te ganase, sería obligado da volverte los dineros.

Juan.

¿No le parece á vuestra merced?

Cazorla.

Mirá si me parece.

Buitrago.

Si tan hombre de consciencia y justificado es Juan de Buenalma, yo sé cómo se puede igualar este partido.

Cazorla.

¿De qué suerte?

Buitrago.

Con atarse los piés, y las dos manos juntas detrás.

Cazorla.

Aun eso trae camino.

Juan.

¿Y paráscale á vuestra merced que con eso estará limpio de consciencia y puedo saltar con él?

Cazorla.

Sí, váleme Dios. ¿Por qué no?

Juan.

Vaya por el real que dices.

Salinas.

¡Eh! aquí puesto en manos del señor Buitrago.

Juan.

Y el mio tambien, y téngame este capote; y vos, padre honrado, la cesta de los huevos.

Cazorla.

Qué me place.

Buitrago.

Daux, ágoros he los piés.

Juan.

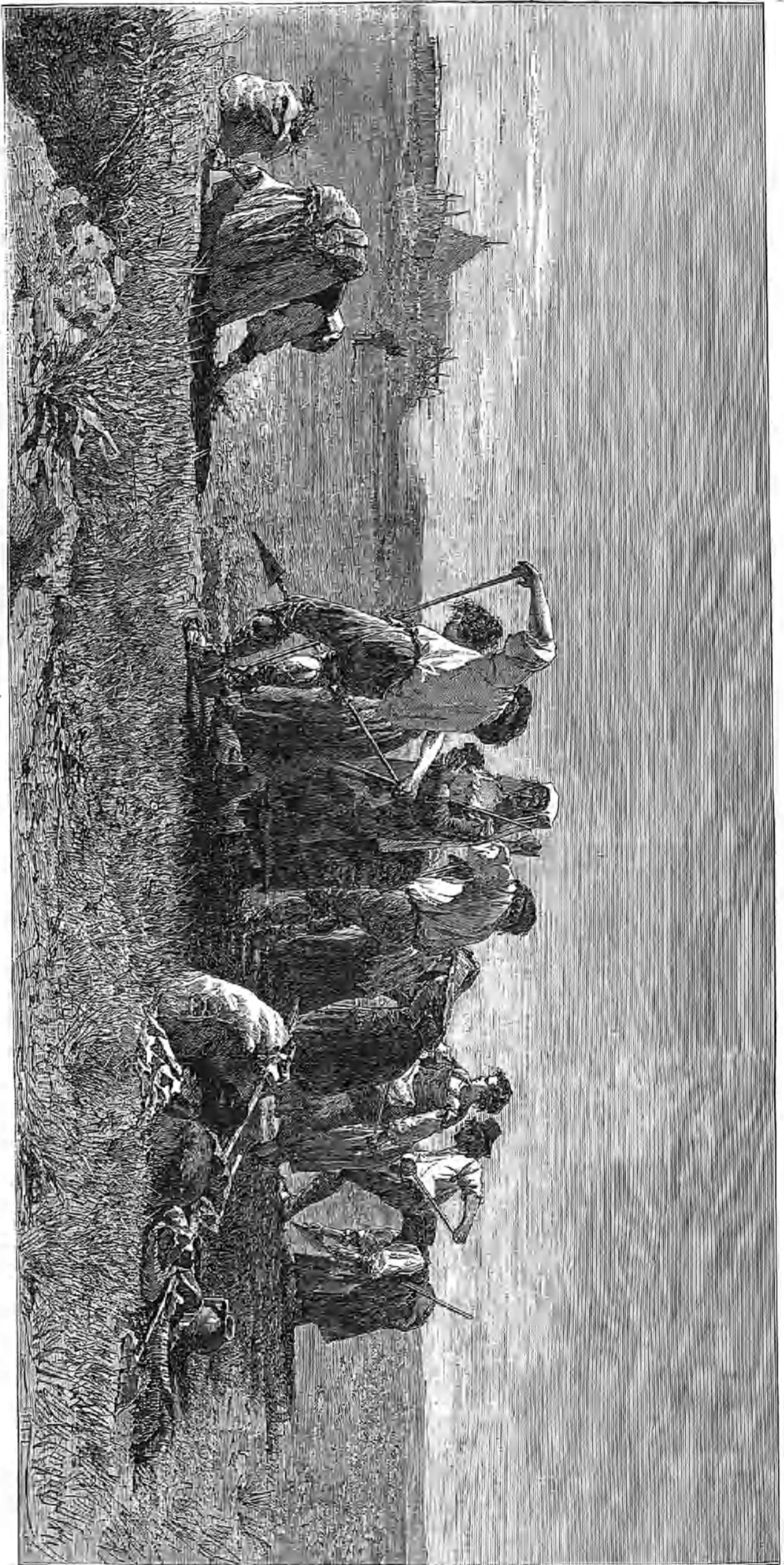
Muy bien atados están.

Buitrago.

Volved esos brazos atrás,

Juan.

Ya están vueltos. No apriete tanto, señor, pesé á la...



EXPOSICION DE BELLAS ARTES.—SECCION DE PINTURA.
CAMPERINOS ROMANOS.—CUADRO DE DON RAMON TORQUEGUA, OBRERO DEL MUSEO.



EXCMO. SEÑOR DON ANTONIO DE LOS RIOS Y ROSAS.

Buitrago. Que no está sino flojo.
Juan. Agóra acote de do habemos de saltar.
Buitrago. Desta raya.
Salinas. Aguarden, que lo mejor falta.
Buitrago. ¿Qu' es lo mejor?
Salinas. Ver qué real puso.
Buitrago. ¿Qué real? Bueno, de plus ultra.
Salinas. Veamos.
Buitrago. Oh, refiego del bellaco, que se lleva las apuestas.
Juan. ¡Ole, oite, señor de mi capote! ¡Volved acá! ¿Dónde vaís? Hombre honrado, desengañéme: ¿es esto burla, ó trampa, ó ladronficio?
Cazorla. ¿Qué me sé yo, pecador de mi! Aguardá, iré á ver lo que pasa.
Juan. No quiero. Estése quedo, y deje la cesta de los huevos.
Cazorla. Que luego vuelvo..

Para buscar el efecto cómico, aun en pieza de tan poco momento como un humilde paso, no recurre el autor anónimo á las grotescas exageraciones de caricaturas desanadas de toda realidad humana, y por consiguiente contrarias á toda verdad artística. En este particular, lejos de haber progresado por el buen camino, vamos dando tropiezos y tumbos que nos separan más cada vez del encanto con que la naturaleza brinda siempre á la inspiración dramática, hasta cuando elige por asunto de imitación cuadros plebeyos y gentes de la peor ralea. El hombre más rudo, si ha conocido alguna vez tanantes como Cazorla, Buitrago y Salinas, ó se ha rozado con bobalicones parecidos á Juan de Buenalma (que de ambos géneros hay donde quiera buena cosecha), al verlos tan bien retratados en el teatro exclamará sin duda: os conozco. Pero, ¿qué ojos de lince serán capaces de descubrir en ciertas figuras de las mil y mil piezas ligeras que actualmente invaden la escena española, ni sombrís siquiera de semejanza con persona real

de ninguna especie? ¿Dónde encontrar en la naturaleza humana algo que se parezca, ni remotamente, á la mayor parte de los héroes del género *bajo*? ¿Á qué ideal corresponden esos degradados engendros de la más vil caricatura, si no es al desvarío de un loco ó á la desvergüenza de un cinico? ¿Y habrá quien tenga el valor de llamar progreso á esta prostitución del arte, que tanto lo aleja de su verdadero fin?

El tercero y último de los *pases* que me he propuesto dar á conocer en los presentes artículos, se limita, como el anterior, á la donosa burla que preparan y llevan á término en el simple Rodrigo del Toro, Gutierrez de Santibañez, lacayo mozo, é Inesa Lopez, fregona; bien que el tal Toro se revuelva al cabo contra sus maleantes burladores, emprendiéndola á palos con ellos y hasta con su propio amo Salmeron, con lo que acaba la fiesta.

El siguiente diálogo nos explicará cuál sea la burla que meditan lacayo y fregona, y á qué ardidés apelan

para realizar su propósito. Gutierrez sale quejándose amargamente de que ha desaparecido su hija Luisa del Palomar, dispuesto á buscar otra con quien reemplazarla, cuando aparece Inesa por la calle lamentándose de su mala estrella:

Inesa. ¡Jesus, con tanto mandar como hay en esta casa! Para mí creo que se inventó el fregar, para mí el barrer, para mí el lavar y comer. Mi signo ó planeta pienso que lo causa. Pues otras hay que no son para descaizarme el zapato, y viven más descansadamente que yo. ¡Tan desastrada tengo de ser que no halle quien digaperra, qué hacéis ahí? Yo soy hermosa y de buen gesto; la boca como un piñoncito, y algo risueña; y sobre todo, buen pico, qu' es lo mejor. No tengo sino una taeha, que soy algo bajetela; y no se me da nada, porque la mujer ha de ser como el óvillo, y el hombre como novillo.

Gutierrez. A pelo me viene este negocio. Creo que ha topado Marta con sus pollos. Hora, sus! ¡Ayuda, ventura! ¡Acude, vena!—Oh mi señora Inesa Lopez, ¡tan buen encuentro por acá?

Inesa. El buen encuentro, señor Gutierrez de Santibañez, téngolo yo en topar con vuestra merced.

Gutierrez. ¡Buena está la burla! Ya veo que naturalmente todas las mugeres tienen allí sus burlas concertadas, en especial las que son hermosas como vuestra merced.

Inesa. Señor Santibañez, dejemos aparte tan extruños encarecimientos, y dígame qué buen viento le trae por acá.

Gutierrez. Señora, lo que al presente se me ofrece es que Rodrigo del Toro, criado de nuestro vecino Salmeron, tengo entendido que le envía su amo con un presente de confitura á cierto monasterio de monjas. Ordenáramosle una trampa para gozar della.

Inesa. ¡Y será?

Gutierrez. Que me tiene tan molido y molestado sobre que le case, que no tengo otro remedio, por echalle de mí, sino conceder con lo que me diga. He pensado agora si vuestra merced será servida en que gocemos de la colacion y riarnos un rato: daréis á entender que ella es contenta de casarse con él.

Inesa. Diabólico sois, señor Gutierrez, para sacre; pero yo no querría entre burla y burla quedarme casada, y en demás con un insensato como este.

Gutierrez. ¡Qué, no señora! Eso sería quitarme yo mismo el pan de las manos. Esto ¡no va que no ha de pasar más de cuanto burlar un poco con él! Porque yo no hese sino tomalle la colacion d'entre las manos, diciéndole que ha de servir para los desposorios, y entrarme con ella diciéndole que la va á poner entre unos platos.

Inesa. Yo, ¿qué tengo de hacer en ese intermedio?

Gutierrez. Detenelle á razones requiebrándose con él. Yo entretanto vestirm' he unas ropas de mujer, y saldré diciendo que se ha prometido conmigo, y vuestra merced dirá lo mismo; y desta suerte iremos un poco, y despedidos d'el, comernos hemos la colacion de reposo...

Terminaré las citas con la parte más sustancial de la escena en que se realiza la burla. Aunque del bajo cómico (según la denominación adoptada por varios críticos): la situación está pintada con tal arte y con tanto conocimiento de la naturaleza humana, que relativamente no la han retratado mejor, dentro ni fuera de nuestro país, aquellos que han venido despues que el anónimo autor del *pasos*, sin excluir ni á los ingenios próceres á quienes la posteridad llama padres de la moderna comedia clásica ó menandrina.

Retirada Inesa á un lado del escenario, departen así el lacayo Gutierrez y el simple Rodrigo del Toro:

Gutierrez. Sabed que la moza que os dije el otro día está presta aparejada para casarse con vos.

Rodrigo. ¡Que no miente!

Gutierrez. Que n' os miento, que veisla allí do está.

Rodrigo. Pardiés, que me está mirando.

Gutierrez. Oh, tiene muy lindos ojos. Pienso que se burla, que no debe de ser aquella.

Gutierrez. Dig' os qu' es ella.

Rodrigo. ¿Y qué, me quiere?

Gutierrez. Más que á sus ojos.

Rodrigo. Pues hermano Santibañez, casáme, así os vea yo hecho de piedra marmol.

Gutierrez. Aguárdá, y llamalla he. ¡Ah señora Inesa!

Rodrigo. ¡Inesa se llama! ¡Oh qué autorizado nombre! Luego me llamarán á mí: señor Ineso acá, señor Ineso acullá...

Inesa. Señor mio.

Gutierrez. Vais aquí á Rodrigo del Toro. ¿Sois contenta de casaros con él?

Inesa. Señor, sí.

Rodrigo. Oh hideputa y que sí tan sabroso se le soltó.

Gutierrez. Decís muy bien. Mostradme acá lo que traéis, y entraré allá dentro á ponello entre dos platos, y traeré de camino un eld-rigo que tenga potestad de desposaros.

Rodrigo. Escuche vuestra merced, mire que sea eso de presto, antes que la novia se ensañe.

Gutierrez. No hará. Vos, entretanto, decidme algunos requiebros amorosos.

Rodrigo. Deso pierda cuidado vuestra merced, y vaya con Dios.

Inesa. Agora ¿qué dice vuestra merced?

Rodrigo. Eso digo yo, ¿qué dice ella?

Inesa. Yo digo que nos sentemos.

Rodrigo. Sentémonos en buen hora.

Inesa. Pues siente, señor.

Rodrigo. No lo haré, porque estoy romarizado.

Inesa. Acabe ya.

Rodrigo. No seré yo tan mal criado.

Inesa. Déjese deso.

Rodrigo. Mejor me ayude Dios que tal haga. Las desposadas se han de asentar primero.

Inesa. No si no los desposados.

Rodrigo. Hora sentémonos á una.

Inesa. Vnélvase de cara.

Rodrigo. Tengo vergüenza.

Inesa. Oh señor Rodrigo, ¡cuán dichoso día ha sido este para mí!

Rodrigo. Por eso hace tan buen aire.

Inesa. Ventura ha sido grande la mia en quererme recibir por esposa.

Rodrigo. Déhelo de causar que me lavé la cara.

Inesa. Solamente la plática de vuestra merced basta á enamorar á quien quiera.

Rodrigo. Eso es porque duermo descalzo y cortadas las uñas.

Inesa. ¿Ha tenido gana de casarse?

Rodrigo. Muchísimo, señora.

Inesa. Pues hora ya son cumplidos sus deseos.

Rodrigo. No, no, hasta que venga la colacion.

Inesa. Hora diga vuestra merced.

Rodrigo. Qué, ¿ya es mi tanda?

Inesa. Sí señor.

Rodrigo. Pues aguárda, ya va. ¡Ah señora! Que si yo la tomase, que la tomaría.

Inesa. Bien lo creo.

Rodrigo. Y si la metiese dentro de un aposento, que le daría un pezilgo en esas narices de pichal flamenco, y un rascaño en esa pancorrilla.

Gutierrez. ¡Ah D. traidor! ¡Parécoseos bien estaros requiebrando en medio de la calle las mugeres!

Inesa. Id vuestro cauino, buena muger, y no vengáis á descazar las mugeres honradas.

Gutierrez. ¿Cómo á descazar? Venid acá, mal hombre, ¿podéisme vos negar que no me distes palache en el vientre de vuestra madre de ser mi marido?

Rodrigo. No, no, eso no lo puede negar.

Inesa. ¿Qué es esto? ¿N' os casastes vos agora conmigo?

Rodrigo. Es la verdad, no lo niego.

Gutierrez. ¿Verdad? Por cierto que no la llevareis.

Inesa. Ni vos tampoco, por bien que tireis.

Rodrigo. Ea, mochachas, no me desgonceis.

Gutierrez. Dejaos ya de porfiar.

Inesa. Yo la tengo de llevar.

Rodrigo. ¡Válgaos el diablo, que no me quiero casar!

Tales son los tres *pasos* anónimos impresos por Timoneda en su *Registro de Representantes*.

Por punto general, los críticos é historiadores de nuestra literatura incluyen estas ligeras piezas entre las pertenecientes á lo que llaman *poesía popular*, por contraposición á la que dicen *erudita*, aluzando en ambas denominaciones lo mismo á la lírica que á la dramática. Mas si bien se mira, aunque tal clasificación parezca á muchos natural, corriente, inconcusa, razones graves aconsejan ponerla en tela de juicio, y hasta desestimarla en algunos casos. No es esta ocasión apropiada para examinar y resolver asunto que exige larga meditación y estudio. Baste apuntar la idea, para que reflexionen sobre ella los amantes de la verdad interesados en que la historia literaria (expresión de la vida intelectual de los pueblos) sea realmente historia, y para que el método usado al escribirla no se funde en clasificaciones que, siendo inexactas, sirven más para extravíar que para enseñar ó bien dirigir á quien busca la exactitud y el acierto.

Los *pasos* y *entremeses* de nuestros antiguos dramáticos (hablo únicamente de los anteriores á Cervantes y á Lope de Vega) son, con efecto, populares, si se tiene en consideración que las más veces pintan escenas plebeyas, retratan caracteres y fotografían costumbres del pueblo. Pero no es esta la razón que ha inducido á historiadores ni á críticos á comprenderlos en la familia poética bautizada con el dictado de *popular*. La división de la poesía dramática en *popular* y *erudita*, según la comprenden los que la han establecido ó adoptado, no estriba en la especial calidad y propia índole de las obras, sino en su origen y procedencia, esto es, en su progeñe meramente artística; estimándose *eruditas* aquellas que imitan las de la clásica antigüedad ó participan de su mismo ser poético, y *populares* las que son como fruto espontáneo del suelo que las vio nacer. Errónea me parece, por tanto, la mencionada clasificación (admitiendo que en general no lo fuese), aplicada á los *pasos* y demás piezas cortas de Lope de Rueda, Timoneda y otros autores de su tiempo. ¿Cómo desconocer en el espíritu que las anima, y hasta en su modo de presentar caracteres y costumbres, el influjo de los cómicos latinos y de sus imitadores italianos de fines del siglo xv y principios del xvi?

Este influjo es visible en los tres *pasos* anónimos del *Registro de Representantes*. Los cuales merecerían particular mención, aun prescindiendo de tal circunstancia, como curioso estudio de la soltura de lenguaje y amenidad de estilo que realizan hasta las más ligeras obrillas de los poetas cómicos españoles que florecieron en el corazón de nuestro siglo de oro.

MANUEL CASETE.

LAS NOVELAS GENEALÓGICAS.

I.

Mucho, y con razón, se ha lamentado la confusión que los falsificadores de crónicas han introducido en la historia de España y particularmente en la eclesiástica. Hoy felizmente se va remediando y previniendo el mal de los falsos crónicas, deslindando éstos de los verdaderos, de modo que el historiógrafo, por poco diligente y precavido que sea, puede con facilidad huir del lazo tendido por los falsificadores, cosa que no sucedía en los últimos siglos, cuando las falsificaciones eran aún recientes, como lo prueba el haber caído en ese lazo historiadores tan eruditos, juiciosos y diligentes como el padre Argañal y otros.

Si mucho han deslucido y confundido la historia los forjadores de crónicas, no la han deslucido y confundido menos los genealogistas conocidos con el nombre de reyes de armas, que á trueque de dar un origen ilustre á los linajes que les encargaban y pagaban esta tarea, han llenado la historia de las ineptias y patrañas más groseras.

Ya á fines del siglo xvi se quejaba el historiador vizcaíno Juan Iñiguez de Ibarquien de las ridículas fábulas con que los genealogistas tejían sus historias. Hablando de los cuentos de que se habían valido para historiar los orígenes del apellido Angulo, decía Ibarquien: «Los pongo aquí por dar que reír á quien leyere tan gran disparate como nos quieren hacer creer los reyes de armas, por donde se ve que algunos ó los más tienen poco seso en olvidar que hacen mal en cosas tan honradas, como las de su oficio, en engerir fábulas tan de mal son, por lo cual hacen perder mucho á los nobles y no ganan ellos nada, sino quedar con reputación de malos fabulistas.»

Cierto que en honra no ganaban nada los reyes de ar-

mas; pero ganaban en otra cosa, y por lo visto esta otra cosa era lo único á que aspiraban.

Entre estos cronistas ó reyes de armas hubo algunos verdaderamente doctos y discretos; pero la generalidad ó, como dice Ibarquien, los más, eran hombres de instrucción vulgar que adquirían el oficio, no como recompensa de méritos literarios, sino comprándolo como se compraba un oficio de escribano ó de procurador.

Apénas se comprende cómo en épocas en que tanta importancia tenía la heráldica y en que tal vez, y sin tal vez, dependía del informe de un rey de armas la posesión ó no posesión de las más preciosas prerogativas sociales, se confería á un cualquiera oficio tan importante. ¿Cómo, por ejemplo, en tiempo de los reyes Católicos, quizá el reinado más sereno de España, era cronista y rey de armas el llamado Gracia-Dei, especie de bufon de la corte que á borbotones derramaba invectivas y desatinadas coplas para adular y divertir á los poderosos, así en los banquetes y fiestas cortesanas como en los escritos de su oficio?

El ya citado Ibarquien, que era escritor muy curioso y aficionado á la anécdota, refiere rasgos de *bufonería poética* de Gracia-Dei, que poco tienen que envidiar á los del desdichado Estrada, cuya monomanía rítmica tanto ha hecho reír á las gentes frívolas en nuestro tiempo. Si lo que cuenta Ibarquien no bastara para acreditar el *estradinismo* del tal Gracia Dei, por ahí andan centenares de coplas heráldicas suyas, que con mucha seriedad se reproducen en los tratados genealógicos, capaces de arrebatarse á Estrada la palma del desatino rítmico.

Por regla general, el rey de armas tenía la literatura que en su tiempo y aun en los muy posteriores solía tener el notario público; escribía medianamente el castellano, sabía un poco de latín y tenía al dedillo la técnica heráldica que se aprende en un par de lecciones. Con esto y unas cuantas historias y nobiliarios y los becerros, tumbos y minutas de sus antecesores en el oficio, ya se hallaba en disposición de proporcionar al primer Pedro Fernández que llegaba á su estudio (¡estudio!), con el bolsillo bien provisto de doblones, una historia en que se probase que el tal Pedro Fernández procedía de un caballero godó (los caballeros godos eran el gran recurso de los reyes de armas) de los más ilustres, si era que no procedía de algun rey egipcio ó de alguna deidad mitológica griega, ó no había medio de emparentarle con Nuestro Señor Jesucristo. De esta historia, ilustrada con el árbol genealógico en que puntualmente estaba á la vista toda la ascendencia directa y colateral del caballero Pedro Fernández, resultaba que una serie de héroes distribuidos en gran número de siglos habían hecho nobilísimo la sangre de «nuestro héroe», frase que tenía como estereotipada al genealogista para nombrar al protagonista de su novela.

Al que sólo por esta verdicida pintura conozca á los reyes de armas, ocurrirá que estos funcionarios necesitaban para el desempeño de su oficio algunas condiciones más que las enumeradas: el ingenio y la inventiva que necesita todo novelador. Cierzo que para los noveladores que llamaremos literarios el ingenio y la inventiva son condición *sine qua non*; pero los reyes de armas, que nada tenían de literarios, pasaban perfectamente sin tener siquiera la inventiva de los autores de todas aquellas novelas caballerescas que Cervantes condenó al fuego. Empecemos ya á citar ejemplos prácticos de esta verdad y otras, contestándonos con un corto número de los primeros que nos vengan á la mano, porque si nos diéramos á citar, en vez de escribir un artículo tendríamos que escribir un abultado *voilàmen*.

II.

La circunstancia de proceder la mayor parte de los linajes principales de España de las montañas cántabras, como dice aquella copla atribuida al señor de Yúdar

Oh montañas cántabras,
Academia de guerreros,
Origen de caballeros
De do toda España nuna!

esta circunstancia y lo consiguiente de ser euskaros los apellidos de la mayor parte de los linajes que de estas montañas proceden, ponían en cierto aprieto á los reyes de armas que no sabían la lengua euskara, y tenían en la etimología de los apellidos uno de sus principales recursos para fundamentar sus novelas genealógicas; pero lejos de atarugarse por tan poca cosa, salían del paso con la mayor frescura acudiendo al castellano ó al latín para interpretar los apellidos euskaros, aunque fuera pública y notoria la existencia del apellido antes de existir la lengua castellana y no existiera rastro de la lengua del Lacio allí donde el apellido radicaba.

Loyola, apellido solariego euskaro del Santo fundador de la compañía de Jesús, cuya casa nativa subsiste en el corazón de Guipúzcoa, significa *localidad lodoso y redonda*, circunstancia que reúne la pradera redondeada baja y húmeda, donde está el solar de Loyola. Pues hé aquí que el genealogista se encuentra con este apellido, y no sabiendo jota de la lengua euskara é importándole un camino no saberla y desentendiéndose de que los apellidos vascos se fundan siempre en las condiciones materiales del solar, hilvana la siguiente historia para explicar lo que significa el apellido Loyola y acreditar de caballero magnánimo y generoso al primero que le llevó. Este caballero se llamaba *Lopus* y él y otro se tenían declarada guerra á muerte. En cierta ocasión penetró el caballero Lopus en casa de su enemigo y halló á éste durmiendo, no se sabe si la siesta del carnero ó cual, pues el genealogista se abstiene de tocar este importante punto, y fué tan generoso y grande que le dejó proseguir su tranquilo sueño, contentándose con llevarse la olla que estaba en el hogar, para que su enemigo conociese luego que si no le había matado había sido porque no le había dado la gana. Como por lo visto en Guipúzcoa se hablaba entonces el latín, las gentes dieron en llamar á Lopus, por este magnánimo rasgo, *Lopus in olla* y *Lopus in olla* fué que al fin y al cabo, en coge por aquí, modifica por allá, el apodito se convirtió en Loyola.

El valle y condado de Ayala pertenece hoy políticamente á la provincia de Álava, y geográficamente se debe considerar territorio vizcaíno. La lengua euskara se habla aún en parte de aquella comarca, y en lo restante se habló hasta hace muy poco tiempo. La etimología de su nombre no admite la menor duda para el que tiene la menor noción de la lengua euskara: Ayala equivale á *declive de la gran Peña ó cordillera*, nombre que corresponde perfectamente á la situación de aquel territorio, dominado de la gran ramificación pirenaica designada en aquel punto con el nombre de Peña de Orduña. Pues he aquí cómo el genealogista se las ingenia para interpretar el ilustre apellido de Ayala.

Allá por el siglo XI, época en que la lengua castellana era un latín bárbaro, como lo prueba el poema del Cid, que se supone de principios del siglo siguiente y que se reputa por el monumento literario más antiguo de dicha lengua, un infante de Aragón ó de Navarra llamado D. Vela servía al rey de Castilla D. Alonso el VI, que le había prometido recompensar sus servicios dándole tierras donde afincarse así que se presentase oportunidad para ello. Llegó D. Alonso con el infante y otros caballeros suyos á la Peña, y todos se quedaron vizcos y haciéndose cruces al ver el hermoso territorio despoblado que se extendía al pie septentrional de aquella alta cordillera.

—Señor, preguntó D. Vela al rey: ¿de quién es esa comarca, y cómo está despoblada siendo tan hermosa?

—Esa comarca es mía, contestó el rey; pero los vizcaínos se empeñan en que es suya y, como dijo el otro, tú por tú la casa sin barrer en dimes y diretes los vizcaínos y yo, la tenemos sin poblar; hasta que arreglemos esta cuestión, que probablemente será el día del juicio por la tarde.

—Pues, señor, dijo D. Vela abriendo tanto ojo al ver y oír esto, ahora teneis una ocasión que ni pintada para recompensar mis servicios. Dadme esa comarca y me pongo las botas con ella, pues como los vizcaínos y yo somos muy amantes por haber prestado, así á ellos como á los guipuzcoanos, servicios de padre y muy señor mío, yo me arreglaré con ellos, y á la vuelta de unos cuantos años convierto todos esos matorrales en pueblos y tierras labrantías que será lo que habrá que ver.

Al rey se le hacía durillo el dar á D. Vela aquella comarca, que interpuesta entre Vizcaya y Castilla podía ser de gran utilidad á sus estados una vez poblada y guarnecida.

Los caballeros, que le veían vacilar, tomaron la palabra en favor de D. Vela, suplicándole que diera á éste aquella comarca.

—¡Ayala, señor Ayala! clamaban, sin á pues se conoce que ni ellos, ni el rey, eran amigos de andar con repulgos ortográficos.

—Ayala, contestó al fin el rey, también sin á, y este nombre de Ayala llevé para memoria de la porfia con que os la concedo.

Y aquí tienen Vds. explicada la etimología de Ayala, con un ingenio y una agudeza que rumban á cualquiera patas arriba.

Otañez es el nombre de un pueblo que si bien hoy pertenece á la provincia de Santander, se debe considerar vizcaíno por su geografía y su historia. Este nombre es estrictamente euskaro y equivale á *localidad que está al pie de alturas cubiertas de argomales*. En él hay una

ilustre casa solariega del mismo nombre que ha dado mucho que hacer á los genealogistas.

Tomando uno de éstos por su cuenta el apellido Otañez, empezó á aguzar su ingenio para explicarle etimológica y nobiliariamente, y salió del paso del modo que vamos á ver.

Allá en los tiempos de los condes de Castilla, servía á Fernán Gonzalez un caballero de las marismas cántabras. Despues de una gran batalla con los moros en que el caballero cántabro hizo heroicidades, éste cayó herido en unos matorrales. Faltándole fuerzas para dar voces á los suyos en demanda de auxilio, ocurrióle tañer una bocina que llevaba al cinto, y como oyese el tañido el mismo conde Fernán Gonzalez sin distinguir á punto fijo dónde había sonado la bocina, gritó el conde al que la había tañido:

—¿Do tañes?

El caballero comprendió que el conde le decía: «vuelve á tañer, á ver si damos contigo, que oigo campanas sin saber donde», y volviendo á tañer, fué socorrido por Fernán Gonzalez en persona, que le colmó de honores y riquezas. El caballero, en memoria de la pregunta que le había dirigido el héroe conde soberano de Castilla, dió á sus solar nombre tomado de aquellas palabras y de aquí el del lugar de Otañez. Las crónicas no dicen si se quedó ó no calvo el rey de armas que así explicó el apellido Otañez.

En esta casa ha habido y hay caballeros muy instruidos y discretos. Pareciéndoles á uno de ellos que no tenía sentido común la explicación etimológica que figuraba á la cabeza de su ejecutoria, acudió á un rey de armas más ilustrado y *poligloto* que el que había dado por hecha y derecha la lengua castellana con cerca de dos siglos de anterioridad al poema del Cid, y vamos á ver lo que sacó en limpio.

El rey de armas, despues de consultar sobre la cuestión lingüística á un pendolista vizcaíno de quien se valía para poner en limpio las ejecutorias de *primo castella*, contó una historia del tenor siguiente: Dunde ahora se llama Otañez todo era antiguamente argomales y sólo había dos casas solariegas cuyos señores no debían ser agnados. Un día se juntaron estos caballeros, que llamaremos A y B, y dijeron: «aquí no cabemos los dos, en primer lugar porque siempre vamos á estar como el perro y el gato, y en segundo porque si bien este rinconcillo es cosa muy buena para uno sólo, para los dos es una miseria. Con que vamos á ver cuál de los dos se va á largar de aquí con viento fresco». Que lígase tú, que yo no me largo, convinieron en decidir la cuestión luchando á brazo partido y considerándose obligado á mandar de aires el que quedase vencido.

Lucharon A y B, y B cayó al suelo, pero no se quiso dar por vencido so protesto de que A le había echado la zancadilla y propuso una segunda lucha que A aceptó. Consistía esta segunda lucha en ver quién llegaba ántes á un punto señalado. A llegó ántes que B, pero B salió con la paupringada de que la carrera no era válida porque él había corrido por sitio pedregoso y su rival por sitio liso y llano. A se conformó también con aquella nulidad, y propuso que pelearan ambos con espada y desnudos como su madre los parió. Pelearon, en efecto, y tajo por aquí, tajo por el otro lado, los cogió la noche sin haber decidido la contienda, y convinieron en suspender la lucha hasta el día siguiente, yéndose á cenar juntos como buenos amigos. Sentados á la mesa con muchos parlantes y amigos de una y otra parte, á B le ocurrió que podían emprender allí una lucha decisiva, reducida á ver quién bebía más. Aceptó A y trajo una copa grande de oro y emprendieron copa va copa viene.

Cada vez que B empinaba el codo, exclamaba:

—¡Otañez! que según el genealogista equivale á decir: «En el argomal no», esto es, en el argomal no quedará mi enemigo.

Pero á pesar de esta fanfarría, B cayó de su asiento borracho como una uva, mientras su rival, proclamado vencedor, desocupó todavía cinco veces la copa á la salud de los circunstantes, en cuya memoria y en la de las palabras con que le había estado provocado B, puso en su escudo de armas cinco copas de oro y dió á su solar el nombre de Otañez.

Se conoce que el autor de esta historia, sino era tan hombre de *chispa* como A y B, éralo un poquito más que el otro. ¡Valganos Dios que jax dá el pensar que estos noveladores vivían como príncipes, digo, como reyes... de armas, mientras Cervantes se moría de hambre desmayado de novelar su ingenioso hidalgo!

III.

Dejémosnos de etimologías, euskaro-genealógicas y demos un *espejiment* de las castellanas.

Por lo bestial es muy notable la del apellido Barba y



EXPOSICION DE BELLAS ARTES.—SECCION DE GRANADA.

LA DONCELLA.—DIBUJO DE DON FRANCISCO MADRILLA. GRAVADO POR DON ANTONIO GONZALEZ.

merece salir á luz, adornado con escólios, este parto de caletre de los genealogistas. Es el caso que en Castilla había un Sansón capaz de derribar de un puñetazo la catedral de Burgos, ó mejor dicho la de Valladolid, que á pesar de las apuestas al puerto de Guadarrama, y como un morazo que se las echaba de buen en su tierra orosé hablar de él, se vino á Castilla decidido á ponerle las patas á cuarto. Presentóse el moro al rey y le dió cuenta del objeto de su venida. El rey le dijo que si el Fierabrás cristiano quería casarse las liendres con él, por su parte venía gustoso en ello. Convinieron, pues, ambos Sansones en darse mutuamente una puñada delante del rey, estableciendo las siguientes condiciones: primera, que no se habían de dar en la cabeza ni en la cara, y segunda que aquel á quien tocara dar el segundo, podría aplazar para el día siguiente su puñada, á fin de recomponerse algo de la que hubiera recibido.

El cristiano, queriendo mostrarse generoso con el moro, ya que había venido de luengas tierras á buscarle, en lugar de echar á parás ó nones quién había de dar el primero, dió esta ventaja al moro y se echó á cavilar donde le asestaría el puñetazo aquel barbarote.

Tamizado que fuese en el estómago, se abstuvo de cazar, pues la lucha era de noche, y se puso una plancha de plomo en la boca del estómago. En efecto, en el estómago le arrojó la puñada el moro, y tan terrible fué que apesar de la plancha le derribó al suelo medio muerto.

Cuando el cristiano volvió en sí y se repuso un poco, dijo que aplazaba para el día siguiente su puñada, pues entonces estaba un poco flojo de puños.

El moro tenía una barba que le llegaba á la cintura. El cristiano le agarró de ella con la mano izquierda y arrollándola en la mano dió en su propio puño izquierdo tan tremendo puñetazo, que le arrojó al moro la barba con las quijadas. En memoria de esta hazaña tomó aquel pedazo de bucy el apellido Barba, que se perpetuó en sus sucesores ilustres.

Me parece que se quedó corto al adoptar el apellido Barba, pues debió añadirle la sílaba ro.

Peró no todas las novelas genealógicas son del género realista como esta. Ahí está la de los Manriques, del género fantástico, que no me dejaré mentir.

Hacia los montes de la margen septentrional del Ebro andaba de caza un caballero, en día de los que los cazadores llaman de fortuna, pues había y no sé cuántas cuartas de nieve. Tiró á un avecilla que estaba en un árbol, y algunas gotas de sangre cayeron sobre la nieve. Se ignora si el ave cayó muerta ó voló herida, porque de esto no habla la crónica, pero se sabe que el cazador se quedó embobado contemplando el efecto que hacía la sangre mezclada con la nieve; y entrándole el antojito de poseer una mujer de aquel color, pensó que si por casualidad la encontraba, se casaría con ella.

El diablo, que por lo visto anda siempre á la que salta para perder al género humano, oyó este juramento, y tomando la forma de una chica tal cual al cazador se le había antojado, se presentó al cazador, que se casó inmediatamente con aquel montoncito de nieve y rosa. Es de suponer que el casamiento fuese por lo civil, porque ¡mal bufido hubiera pegado el diablo si hubieran ido á casarse por lo canónico!

El cazador tuvo dos hijos de su mujer, y como le dijese que esta no debía ser muy católica, pues se tapaba los ojos al alzar la bestia y el cáliz, dispuso que dos hombres, haciéndose los disimulados, se colocasen á su lado y le detuviesen las manos si trataba de taparse con ellas los ojos al tiempo de alzar. En efecto, la pícaro trató de taparse los ojos, y como se lo impidiesen, dió un grito que atronó la iglesia; y levantando en cada mano uno de los chicos, desapareció por una ventana con uno de ellos, pues el otro se le cayó. El chico que se le cayó quedó del golpe mudo de una mano, y por esta causa stacia se le dió el nombre de Manrique, un poquito y aún un muchito traído por las cabellotas, y de él proceden los de su apellido, que por consecuencia proceden del diablo por la línea materna.

Como vemos por esta novela, los noveladores genealógicos son mucho más felices en las primeras partes que en las segundas, justificando la opinión de Cervantes de que nunca segundas partes fueron buenas. No deja de tener novedad y gracia la primera parte de la novela de los Manriques, pero lo segundo es detestable.

La novela genealógica de los Meneses pertenece al género sentimental, y es tan redondita que no se le puede quitar ni añadir una letra.

Un rey de León tenía una hija que era un portento de hermosura; pero cate Vd. que la pícaro de la muchacha se enamoró de un mozo de escuela de su padre, y así, entre juegos y veras, se lo dá á entender. «Mira, la hija el muchacho con la franqueza propia de enamora-

dos, es cosa que me carga esto de hablar siempre á mira quién viene, como nos sucede á nosotros en palacio. A la noche nos vamos al bosque y verás como allí hablamos á nuestras ánimas. Lo único que has de hacer, es ir vestida con todas tus joyas y galas para que en la selva misma me parezcas una princesa, y hasta no estaría demás que te llevases el cetro de tu padre para que me parezcas reina.» La infanta, que era muy candorosa, siguió al pie de la letra el consejo del mozo, y éste, una vez en el bosque, la dejó poco ménos que en cueros vivos, y cargando con las joyas y el cetro, que valía un dineral, tomó las de Villadiego. No atreviéndose la infanta á volver á palacio, tomó por aquellos andurriales hecha un valle de lágrimas, y andando, andando, llegó á un lugar que se llamaba Palacios de Meneses, y llamó en casa de un labrador muy rico, pero muy afligido, porque hacía poco que se le había muerto la mujer. No sé qué historia le contó la infanta para ocultarle que lo era y para interesarle en su favor, pero lo cierto es que el labrador, viéndola tan guapa y tan afligida, la recogió en su casa y la consoló como Dios le dió á entender. Pasaron meses y meses, y como la muchacha era humilde, querenciosa y de mucho gobierno, el labrador se casó con ella, tuvieron hijos y vivían felices.

Un día, yendo el rey de caza, fué á parar á Palacios de Meneses, y como se sintiese con gana de descansar y tomar un tantecito, entró en casa del labrador y pidió algo de comer. «Yo misma, le dijo el ama de casa, le voy á hacer á V. M. una tortilla que se chupe los dedos.» Hízosela en efecto, y puso en ella un anillo que le había regalado el rey su padre y este tenía en mucha estima. Al partir la encontró el rey el anillo y dijo:—«Calla, á la cocinera se le ha caído el anillo en la tortilla.» Y como al limpiar el anillo para devolversele á su dueña notase con sorpresa que era el que él había regalado á su hija, reparó con más atención en esta y reconoció en ella á la infanta, cuya misteriosa desaparición tanto y tanto había llorado. La infanta se echó á sus pies pidiéndole perdón de su falta, el rey la perdonó é hizo al labrador y su hija señores del pueblo, dando á sus hijos y sucesores el título de infantes de Meneses, cuyo blason esplicó de este modo el celeberrimo *Gracia-Del*:

si queréis saber quien son
los de dorados pabeses,
hijos de la hija son
de Ordoño rey de León
y de Tello de Meneses.

IV.

Rasta de pueriles historias y hablamos con un poco de seriedad de la ciencia del blason, de la ciencia heráldico-genealógica, que es cosa seria por más que los genealogistas hayan procurado hacerla ridícula.

¿No es verdad que al leer estas inocentadas apenas se puede uno convencer de que sean obra de funcionarios graves encargados de escribir la historia del heroísmo y la lealtad, y por el contrario está por creer que son obra de vejezuelas encargadas de entretener y embobar á inocentes párvulos?

No se crea que yo soy de los que tienen por ciencia vana la etimológica y por ridícula la genealógica. La ciencia etimológica es tan seria, útil y respetable, que es á veces la única de que es posible valerse para penetrar los misterios más hondos de la arqueología y la lingüística. El que se haya delirado mucho y se delire por cuenta de ella, no es razón para que se la desdeñe y desprecie: no hay ciencia, inclusa la matemática, que es la ciencia por excelencia exacta, que no haya dado ocasión á delirios y estravios. Así, pues, los que dicen que desprecian la etimología, no saben lo que dicen. En cuanto á la ciencia genealógica y la heráldica ó del blason, que forma parte de ella, es importantísima, como que los anales genealógicos son los anales, son la historia de la familia, de la sociedad, de la civilización y el progreso humanos.

Cada uno es hijo de sus obras, se dice, no dando á esta máxima el sentido relativo que debe dársele, sino dándole un sentido absoluto. Tal máxima, proférica en sentido absoluto, es profundamente insensata y egoísta, como que tiende á destruir la historia con todas sus glorias y sus enseñanzas y la fé con todos sus consuelos, para sustituirlas con el frío individualismo, desamado de toda tradición y todo recuerdo. ¿Cómo ha de empezar el mundo allí donde empieza el individuo? ¿Cómo ha de ser cada uno hijo de sus obras! El mundo empieza donde empieza la humanidad, y si somos hijos de nuestras obras lo somos también de las obras de los que nos han precedido en la gran familia humana, y más inmediatamente en nuestra propia familia.

No, no pueda ni debe sernos indiferente que nuestros padres, que nuestros predecesores hayan sido buenos ó

malos, sabios ó ignorantes. Con que una nación se ha de gloriar de que en ella haya habido hombres ilustres y al individuo la ha de ser indiferente el que en su familia haya habido honrados ó bribones, sabios ó ignorantes, hombres que hayan contribuido al progreso ó al retroceso de la humanidad!

¿Cómo vuelvo á preguntar, los funcionarios oficiales encargados de la altísima misión de historiar todo lo bueno, todo lo grande, todo lo noble de la familia humana cuyos componentes son las familias particulares, ó sean los linajes, cómo, estos funcionarios, cuya misión debió considerarse tan alta como en realidad lo era, puesto que para enaltecer á los encargados de ella hasta se les dió el nombre de reyes, degeneraron y se permitió que degeneraran hasta el punto de convertirse en patrañeros de la más grosera estofa?

No lo comprendo, ó mejor dicho, lo comprendo teniendo en cuenta cómo por una ley que parece ineludible en la naturaleza humana, degenera y tiende á la extinción todo lo humano.

Peró dejémos de filosofías que elucubradas en cierta forma disgustan á la generalidad por oscuras, y volvamos al lenguaje liso y llano y anecdótico, que es el que más agrada á la generalidad de los lectores.

Diceas que en un buen medio está la virtud. Por regla general estoy conforme con esta máxima que, hasta tiene su justificación en las leyes de la naturaleza, que toda es debilidad y peligros en los extremos y toda fortaleza y seguridad en los medios. Yo había dado en el archivo municipal de Bilbao con una información de uno de mis antepasados, en que constaba que mi linaje tenía su color originario y muy calificado de nobleza en un lugarcillo del nombre de mi apellido, situado en los confines de las Encartaciones de Vizcaya y las merindades de Castilla. En lugar de contentarme con este descubrimiento, tentóme con él el diablo de la vanidad y me puse á buscar hombres ilustres de mi apellido, y el primero que Dios me depuso, sin duda para darme una leccióncita de humildad, fué un D. Gonzalo de Trueba que allí, en el siglo XV, en los campos de Villareyo murió ahorcado de un árbol por banderizo y no sé que fechorías más. «Tapa, tapa...» exclamé, como el héroe de D. Ramón de la Cruz, al hacer este triste descubrimiento; y cesando en aquellas investigaciones, desde entonces todas mis ambiciones nobiliarias se reducen á desear muy de veras que D. Gonzalo sea el único punto negro de la historia de mi linaje.

Creo firmemente que en la época en que vivimos, en punto á nobleza lo único que nos es lícito tener sin pecar en ridiculos es, ni más ni ménos, un deseo parecido al mío; que en nuestra historia genealógica, y muy particularmente en el capítulo del padre de nuestros hijos, todo sea blanco como la nieve.

ANTONIO DE TRUEBA.

Bilbao.

COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.

UNA BELLEZA DE ENTÓNCE.

Prerrogativa fué siempre de la mujer rendir ante sus aras al otro sexo, habiéndole concedido Dios en sus encantos un excelente auxiliar de su debilidad física, con el que sabe hacer doblar el cuello á los más bravos y poner como un guante al hombre, que en su insensato orgullo se ha llamado rey de la creación.

En todos los países, en todos los tiempos, ha tenido que sucumbir ante las gracias de la mujer, y aquellos que en la antigüedad parecían como sus tiranos, quitándole todos sus fueros y reduciéndola á la más dura condición, obraban así porque conocían su poder y querían abrojar al enemigo para que no se sobrepusiera.

El primer hombre ya se manifestó rendido al poder femenino, y la manzana que de Eva recibió fue como el símbolo del dominio que la mujer le imponía.

Antigua es sin duda nuestra servidumbre, y la humanidad, que á sus prodigiosos inventos ha dado término feliz, no ha sabido aún descubrir uno para vencer libras de esas dulces enemigas.

Ya no debe estar lejos el día en que los sabios resaltarán que la mujer es de esencial necesidad en el mundo y que una vez señoreada de él solo el carácter de soberana le conviene.

Así lo pensaron seguramente nuestros abuelos del siglo decimotercero, época que indudablemente fué una de las más brillantes de la edad de oro del poder femenino.

Aquellos hombres, de alma varoniles y generosas, concibieron que la mujer, por débil, no era del caso para

servir; la servidumbre requiere robustez de cuerpo y una fortaleza de alma, y en tal caso del que mejor poseyere estas cualidades debía ser la incumbencia de obedecer.

El hombre, entonces, no se contentó reconociendo á la mujer por su señora y soberana; fué más allá, y la hizo su ídolo.

¡Ay, que el ídolo era de barro y debía ser frágil por lo tanto! Mas ¿quién no se humilla á la mujer?

¿Quién no la rinde párias y acepta gustoso su tiránica ley?

Pero váyame yo con piés de plomo en mis declamaciones y no sea flores todo.

Cierto es y muy cierto que la mujer es reina en el mundo; pero los tronos no se dan á un advenedizo, y así como en los imperios de la tierra se ha hecho ley que quien los rija sea de estirpe real, esto no menos que la mujer posee también una alcurnia y ésta ha de ser la de la belleza.

Pero aquí viene de molde lo del refrán que dice que sobre gustos nada hay escrito, y el otro igualmente cierto que raza que más vale un gusto que cien panderos, porque en eso de hermosuras cada uno tiene su alma en su almarío y tal dice del ala y tal de la pata, y esto ha sido siempre.

No obstante, fundándose en eso mismo de que la belleza es, hasta cierto punto, convencional, parece que también está sometida al tiránico y veleidoso dominio de lo que hoy se llama la moda, que en todo se nos ha de meter de hoz y de coz, sin que nos deje mandar en casa á nuestro gusto.

No siempre han sido las cosas de un modo, y mujer que hoy estará muy ufana de su gallardía, tal vez entonces hubiera pasado por una vulgaridad, y hoy se hará aprecio de lo que entonces se tuviera en menos.

Pero, por otra parte, como no es igual el gusto para todos los paladares y haylos de suerte que tienen por desabrido y repugnante lo que otros por sabroso y apetecible, entonces, lo mismo que ahora, todo se despachaba, y tal se alampaba por una morena de ojos rasgados, y cuál otro bebía los vientos por una rubia de enortijados y lucientes cabellos, cuyas hebras casi rozagantes fuesen (áurea diadema que coronase su frente, como el sol al amanecer la cumbre de las nevadas sierras.

Si á los poetas y otros hombres de pluma hemos de atendernos, sacaremos en limpio que el color rubio de los cabellos estaba muy en boga por entonces, pues en las descripciones y pinturas que de sus bellezas ideales nos hacen, es ordinariamente el que les dan, y á cada paso las vemos competir con el sol en la bizarría y en lo esplendoroso de su reflejo, usando sin duda del privilegio que el mismo Apolo en sus pragmáticas les concedía.*

Las heroínas de los poemas entonces más en boga eran rubias. Angélica tenía:

De la color del día sus cabellos,
Del alba y de su luz las cejas bellas.*

y cuenta que la perseguida, malandante y peor aventurada reina del Catay era el tipo más perfecto de ideales hermosuras que en las visionarias mentes de poetas cupiese.

En el poema del *Montserrat*, la hija del conde de Barcelona, que sirve de irresistible tentación al austero Guarnio, es también rubia, pues dice el poeta:

Ya las madejas de oro le tocaba
Temblándole las manos temerosas.*

y podrían citarse mil y una descripciones de comedias, romances, novelas y otros escritos de entonces que lo probarían hasta la saciedad.

Desde entonces nos dejaron los poetas esos inagotables tesoros de preciosísimas piedras, con las que como un mosaico iban formando aquellas mujeres de taracea, tomando también sus facciones de la platería de los cultos, como le llama el padre de la risa, Quevedo.

Una de las cosas de que se preciaban las damas y aun los lindos* de entonces, era de tener las manos blancas y largas, de modo que no el ser pequeñas, como hoy se usa, era lo que apetecían, sino el presentarlas adelgazadas y estiradas.

* Cervantes en su *Adriana al Parnaso* escribe el siguiente privilegio, que entre otros otorgaba Apolo Lucido á sus adoratrices: «Hea, que todo buen poeta pueda disponer de mí y de lo que hay en el cielo á su beneplácito; conviene á saber, que los rayos de mi cabellera los pueda trasladar y aplicar á los cabellos de su dama, etc.»
* El *Bernardo*, libro XIV.
* El *Montserrat*, canto III.
* Usado, nombre que equivale á lo que más adelante se llamó petimetre, después lechuguino y hoy elegante.

El mismo Virués, cuyo poema ántes he citado, puede servir de apoyo en esta ocasión, pues continuando la descripción de la heroína, y en el momento en que el solitario cede á las sugerencias infernales, dice:

Ya entre las suyas toma aquellas manos
Blancas, largas, suaves, delicadas.*

Como que en todos los tiempos el artificio ha ido en busca de la naturaleza, sucedía que las no dotadas de unas manos como las que entonces se requería, ó las que teniéndolas querían lucirlas más ó aparentar más acabada esta perfección, cuidaban con diligente aliño de que las mangas de los vestidos no bajasen hasta la llave de la mano, sino que, cortas y arremangadas, se quedasen sobre la muñeca, para que de esta suerte la mano apareciese larga.

Otra de las rarezas mirada con particular agrado era el color verde en los ojos, y los poetas lo cantaron repetidas veces en sus obras.

Los ojos verdes fueron el objeto predilecto de muchos, y hubiesen dado algo de bueno más de cuatro niñas porque las de los sayos hubiesen tomado aquel color.

Góngora, el famoso poeta de romances, dice en uno bellissimo:

Éra Tisbe una pintura
Hecha en laminas de plata,
Un brinco de oro y cristal
De un rubí y dos esmeraldas,
.....
La alegría eran sus ojos,
Si no eran la esperanza,
Que vistió la primavera
El día de mayor garbo.

Lope, en su *Dorotea*, dice:

Traen del balde á la óhora
Mil almas tus ojos verdes.

Y más adelante y en el mismo libro escribe:

Aquella cuyos ojos
Verdes de amor centellas
Músicos celestiales
Orfeos de amor eran.

En otra página escribe también:

Madre, unos ojuelos ví
Verdes, alegres y bellos.

Luis Galvez de Montalvo dice ensalzando unos ojos:

Filida, tus ojos bellos
.....
Son ojos verdes, rasgados,
En el revolver suaves,
Apatibles sobre graves,
Mañosos y descuidados.

En una letrilla de este tiempo se lee:

La morena graciosa
De ojuelos verdes,
A quien mata de amores
Cautiva y preuda.

Quevedo en *El Buscon D. Pablos* pone en boca de este las siguientes palabras: * «Porque no he visto, desde que Dios me crió, tan linda cosa como aquella en quien yo tenía asestado mi matrimonio; blanca, rubia, colorada, boca pequeña, dientes menudos y espesos, buena nariz, ojos rasgados y verdes, alta de cuerpo, lindas manos y zaxosita, etc.»

Vicente Espinel, famoso inventor de la combinación métrica llamada décima y de la quinta cuerda de la guitarra*, también parece declararse por los ojos verdes,

Este, aunque tiene parte de Zollo,
Es el grande Espinel, que en la guitarra
Tiene la prima y en el rarr estilo.

cuando en su *Escudero Marcos de Obregon*, dice, descubriendo á una doncella mora: «La hija de mi amo el renegado, era de buen talle y garbo, blanca y rubia, con buenos ojos verdes...»

Haciendo Calixto extremados elogios de Melibeá, dice que tenía los ojos verdes, rasgados*.

Balbuena en el ya citado poema de *Bernardo*, atribuye ojos de este color á la encantadora Arleta, y dice:

Verdes sus ojos y sus lucas bellas,
Mil soles, que son poco mil estrellas*.

El mismo Cervantes, siguiendo el gusto que por entonces se tenía por los ojos verdes, pinta en más de una

ocasión á sus heroínas con este atractivo, y según se lee, verdes eran los ojos de Silveria, pastora de *la Galatea*; y lo que es más, la sin par Dulcinea de Toboso, luz y espejo de todas las doncellas á quienes andantes caballeros sirvieron jamás, tenía los ojos de verdes esmeraldas.

En fin, Andrés Rey de Artieda, describiendo en un soneto las perfecciones de la Virgen María, dice de ella que eran

Sus ojos verdes, de color de oliva,

esto es, que en concepto de este poeta, la suma de la belleza, respecto al color de los ojos, consistía en que fuese verde, supuesto que así lo atribuye á María, pintándola como dechado de hermosura.

Tantos y tan autorizados textos, citados en apoyo de mi opinión, no pueden menos de poner fuera de toda duda que por aquellos tiempos no eran los ojos negros, ni los garzos, ni los azules, sino los verdes, los que privaban y los que celebraban los poetas, quienes, como gente antojadiza y que no siempre endereza por las más rectas vías, se prendaba de lo más extraño.

Sin embargo, no todos, ni aun entre los poetas, debían opinar de este modo, cuando en un romancillo anónimo de la época, se lee:

Con la luz de tu ojos
Á todos prendas,
Salvo que lloran,
Salvo ser vízcos,
Salvo ser verdes.

Pero, en fin, no todo ha de parecer á todos bien, pues entonces este valle de lágrimas sería una balsa de aceite, y, sobre todo, que en materia de ojos no todos pueden ver con los mismos.

Decir que las bocas chicas eran muy apreciadas, no es preciso, y en eso seguimos aún el gusto de nuestros abuelos, quienes de mil maneras las ensalzaron, derramando á manos llenas los corales y rubies, que apriaban nácares y perlas del Sur, y en fin, para que de una vez se vea lo que entonces pasaba por tipo perfecto, cifra y compendio de lo que en hermosura podía desearse, traslado á la letra unas octavas reales de Balbuena, en su *Bernardo**, en donde haciendo relación de las partes que debe tener una mujer hermosa, pone en boca del mago Tlascalán estas palabras:

No tres facciones cual la blanca nieve
Y en otras tantas gorda y colorada;
En tres larga también y otras tres breve
Y gorda en tres y en otras tres delgada;
Y ser estrecha en tres la dama debe
Y en tres achá, extendida y delicada,
Pequeña en tres, y si esto no taxiese
En Creta morirá, si á Creta fuere.

El cuerpo y dientes blancos, y los cabellos
Cual se describe el sol por la mañana:
De negro las pestañas y ojos bellos,
La parte menos bella y más humana;
Como el coral los labios y con ellos
Las uñas y mejillas como granos;
El cuerpo, manos y el altivo cuello
Largo importará ser si ha de ser bello.

Los pies, dientes y orejas delicadas
De breves puntos y perfecta hechura;
Pestañas y caderas diestradadas
Y anchos pechos de usagre arquitectura,
Y las tres perfecciones más notadas
Pequeña boca y breve de cintura,
Con lo demás que amor, justo ó injusto,
Breve lo pide, como lo es su gusto.

Del medio inferior cuerpo otras tres cosas
Que no sean tacañes pide la belleza,
Si bien la honestidad, por peligrosas,
Á los ojos cubrió su gentileza:
La nariz, las dos pomas delentosas
Pequeñas, y pequeña la cabeza,
Y los dedos, los labios y cabellos
Delicados serán, si han de ser bellos.
Destos varios engaces de oro juntos,
La imagen se haga de heidat perfecta, etc.

De esta manera nota, y con tal minuciosidad describe el famoso obispo de Puerto Rico, el modo como ha de ser una hermosura.

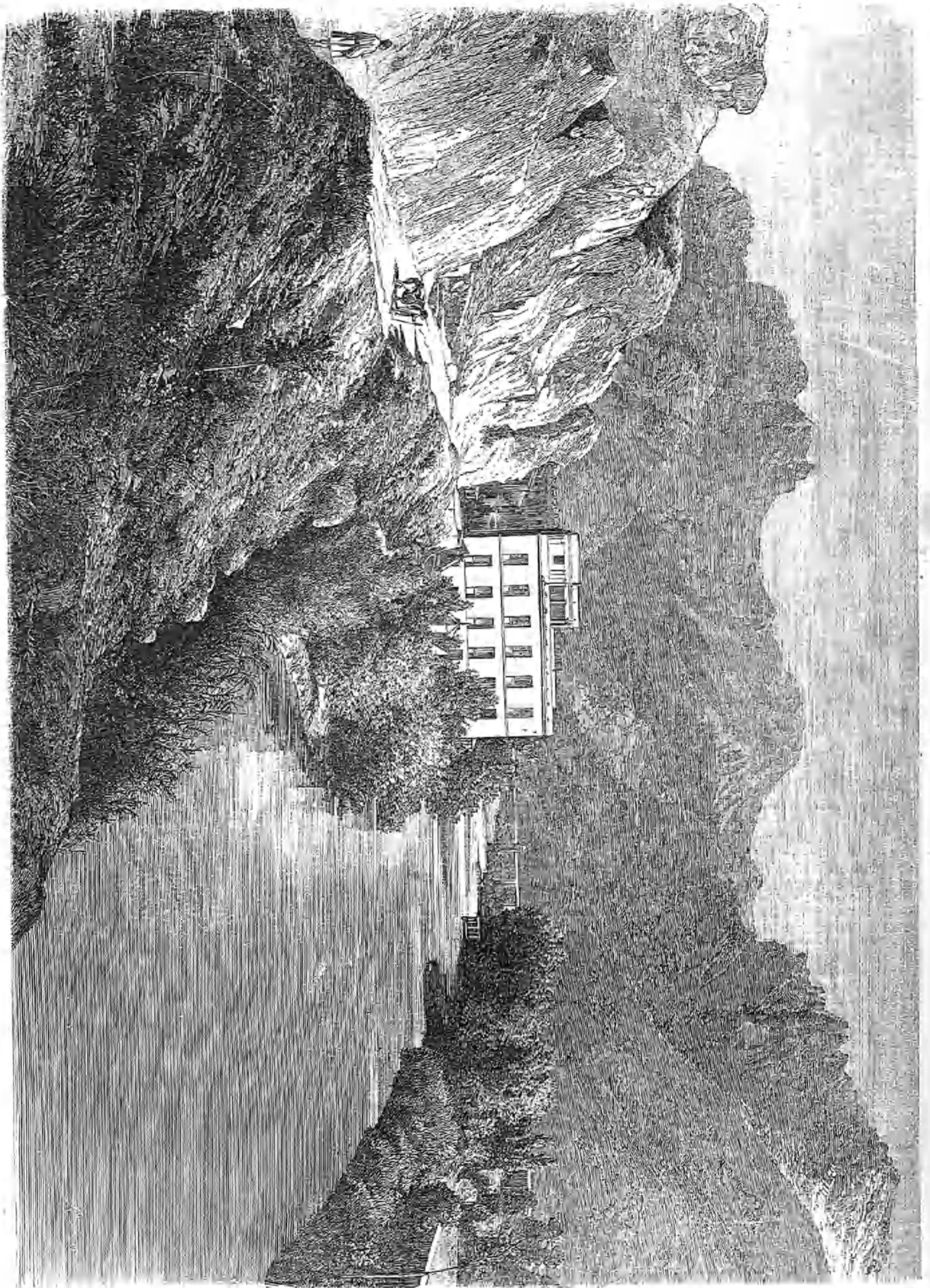
Como que el arte y los adornos son aditamento muy esencial de la belleza, y vienen á suplirla ó repararla cuando se deteriora, en otra ocasión me emplearé en hablar de ello, y por ésta basta y áun sobra con lo dicho.

JULIO MONREAL.

* El *Bernardo*, libro XVIII.

* El *Montserrat*, canto II.
* Capítulo VII.
* Zaxosita, la persona que tacea al hablar.
* Dice Cervantes en su *Adriana al Parnaso*.
* La Celestina, Acto primero.
* Libro VII.

MANOS DE ARCHENA.



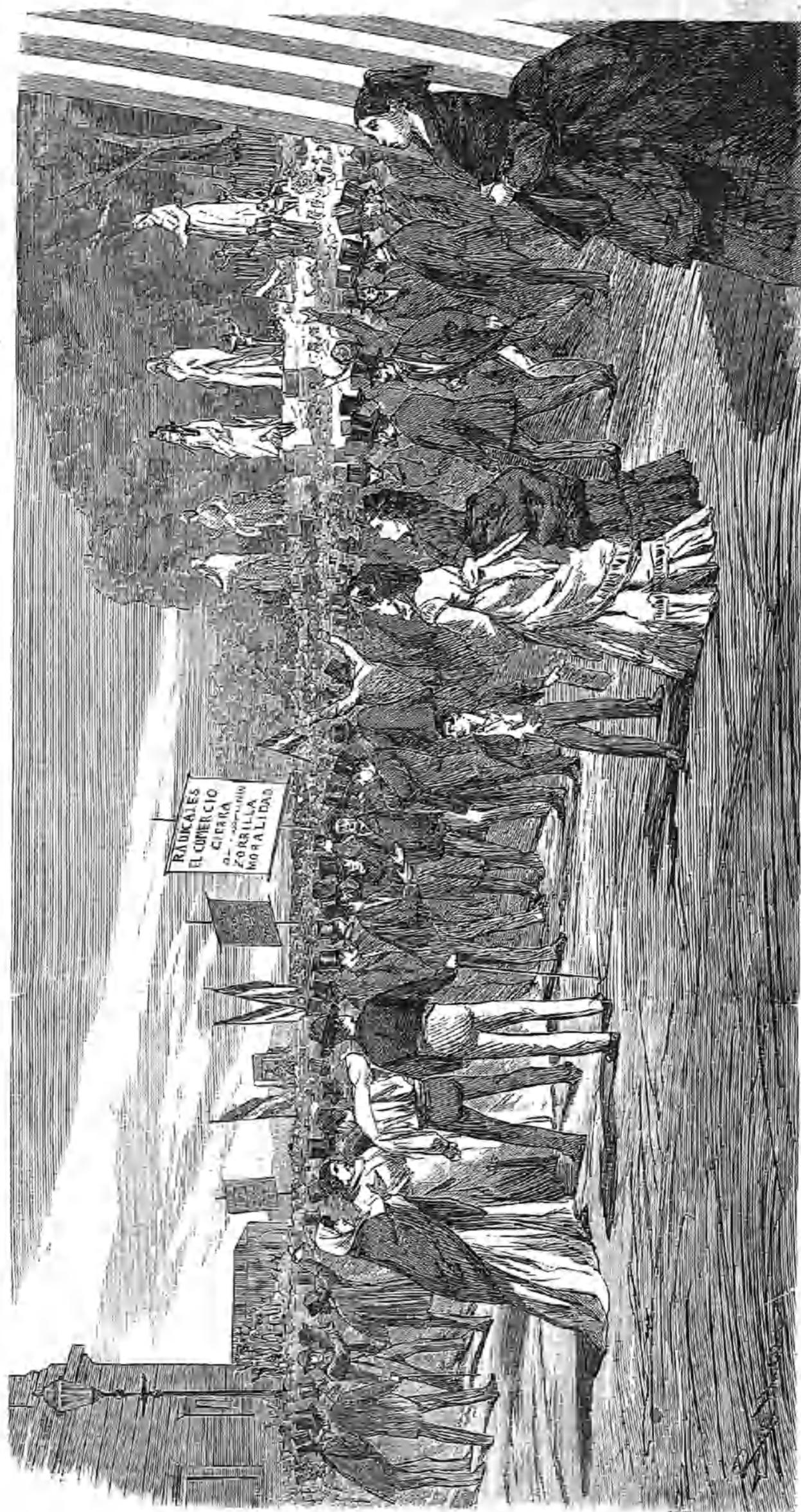
LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES.

I.

El hervor de los intereses sociales, más que nunca empeñados en una lucha de gigantes proporciones; las vicisitudes políticas porque acaba de atravesar el país; las circunstancias por muchos conceptos desfavorables que han marcado al período artístico de 1866 á 1871, no han sido parte á ahogar los robustos vagidos con que años atrás, bajo la iniciativa de una administración á quien no se puede negar este título de gloria, las bellas artes anunciaron entre nosotros una era de renacimiento y de transformación: movimiento inesperado en que los optimistas creyeron ver una súbita y completa resurrección del número que tan gloriosas páginas había inspirado á los Murillos y á los Velazques, y que para los que juzgan agotada los manantiales de inspiración que señalaron el apogeo del arte, y rota para siempre la cadena, muchas veces invisible, que liga al través de los siglos las manifestaciones del genio humano, no era sino la llamarada fugaz y delernable que brota entre las cenizas de una hoguera apagada. Para los que no aceptan sin examen ciertos juicios irreflexivos que á veces, en el común sentir, pasan por verdades incógnitas y averiguadas, el movimiento impreso á las artes en España era un noble y gallardo esfuerzo del genio nacional que intentaba reanudar la tradición interrumpida á la muerte de Goya, última y gloriosa encarnación del genio de Velazquez, y salvar los menguados límites impuestos á la inspiración por el gusto frívolo y el espíritu mercantil de la época. Así se vió á tantos y tan esforzados adalides de la nueva cruzada volar con levantado aliento por las cumbres más elevadas del arte, buscando en los grandes hechos de la historia y en las últimas llamaradas del sentimiento religioso el asunto de sus obras, y conquistarse un puesto de honor en los certámenes europeos.

Era éste, á no dudar, un signo de vitalidad que debía llamar la atención general en medio de la decadencia prolongada que había sucedido á la desaparición casi absoluta de las escuelas del renacimiento, y en efecto, fué recibido con universal aplauso, poniendo muy alto el nombre de nuestra patria, por tantos y á veces tan injustos conceptos deprimido. Nuestro título de gloria era innegable: marchábamos al frente de una revolución cuyo lema era la restauración del arte, en lo que tiene de trascendental y eterno, y entráramos bizarramente en la liza, enardecidos por el entusiasmo y la emulación.

Desde entonces está abierto el palenque, y el paso de armas continúa. No es del momento averiguar si este rejuvenecimiento de la sávia española lleva en sí los caracteres indelebles de una regeneración, el germen de una nueva escuela, una modificación grandiosa y definitiva en la forma de manifestación del sentimiento por tantos siglos nutrido en el ideal cristiano. Dejemos este fallo á la posteridad: no seamos de los que se entregan á una ilimitada confianza, ni mucho menos de los que creen, como Cousin, que la pintura es eminentemente cristiana y moral, y pertenece á la Edad Media. ¿Por qué á la Edad Media? El filósofo francés parece desconocer que dentro de ese período que juzga fatal é impropio, el sentimiento cristiano que supone absoluto inspirador del arte, se modificó profundamente en su manera de expresión y



MANIFESTACION RADICAL, CEBARRADA EN MADRID CON MOTIVO DE LA DERROTA PARLAMENTARIA DEL MINISTERIO PRESIDIDO POR EL EXCMO. SEÑOR DON MANUEL RUIZ ZORRILLA.

siguió las leyes del movimiento, abandonando la inmutabilidad del símbolo y del dogma común para reflejar la personalidad del artista. La unión de la escuela bizantina reviste formas profanas bajo la inspiración de Rafael, y es el espíritu de discusión el que determina este movimiento que conduce al arte al apogeo del esplendor y de la independencia. Con un criterio análogo asigna el filósofo francés al paganismo el monopolio de la escultura, afirmando que este arte es ante todo la representación de la belleza y de las formas, y que el cuidado y la adoración de la belleza pertenecen á aquella sociedad. Y sin embargo, las obras maestras modernas y las de la misma antigüedad protestan contra esta afirmación harta absoluta, y demuestran que el mármol no está limitado á representar la forma, sino que es susceptible de traducir en alto grado los afectos del alma.

Sea de esto lo que quiera, á nosotros no nos es dado fijar con certeza los caracteres de este movimiento artístico que estamos presenciando, en sus relaciones con el porvenir. Cúmplenos sólo consignar al fenómeno, seguir paso á paso su curso, observar los progresos que vaya realizando, y examinar con juicio imparcial los vicios espurios de que adolezca en su tendencia general y en los esfuerzos individuales. Por lo pronto hay un hecho innegable que honra en gran manera nuestro orgullo meridional, alimentado en los recuerdos de un pasado glorioso, y sobre el cual no nos parece temerario fundar halagüeñas esperanzas. Mientras el arte, apartándose de las fuentes en que ha bebido sus más sublimes inspiraciones; privado de los patronos poderosos que sostuvieron al esplendor; desorientado en medio de una sociedad frívola y descreída, procura por todas partes adaptarse al gusto caprichoso y trivial de sus nuevos Mecenas, la juventud que en España se inspira aún, por fortuna, en regiones más altas y anchurosas, trabaja por extender los límites en que le encierra el positivismo del siglo y consagrarle á más nobles y levantados fines. El espectáculo no puede ser más hermoso, ni la empresa más digna. ¡Ojalá encuentre muchos y muy esforzados sostenedores! ¡Ojalá sea, más que una brillante algarada en que adalides bizarros pueñan por acaso sus fuerzas, una cruzada solemne que marche con entusiasmo á la conquista de los nuevos santuarios del arte!

Pero esto, lo repetimos, el tiempo lo decidirá: la misión de la crítica es acompañar el movimiento con espíritu observador, y goiarle con sus desapasionados consejos, procurando que no se detenga ni extravíe; en la inteligencia de que si al aplauso, lo mismo que á la censura, no preside un sentimiento de justicia y un criterio ilustrado y reflexivo; si los que en todos conceptos están llamados á examinar y á decidir no se colocan á la altura adonde no llegan los estímulos de la pasión, ni la lucha de intereses ajenos al arte, posible será que el impulso decaiga y se malogre tanta sávia generosa. La exaltación inconsiderada de entidades ó de dotes artísticas que aún no han desarrollado sus fuerzas en un campo bastante ancho donde cimentar el pedestal de una gloria prematura, suelen conducir á un engrandecimiento lamentable cuyo resultado es paralizar el desenvolvimiento del genio, y del mismo modo la censura irreflexiva ó la injusta desatención pueden ahogar al nacer talentos muy dignos de estímulo. Partiendo de este principio, nosotros, que venimos sin preferencias y sin prevenciones al campo de la crítica, que amamos el arte por el arte, que no encontramos amor mejor agradecido que el que se profesa á la verdad, desde ahora protestamos de nuestro propósito de buscarla con criterio sereno y de suplir lo que en ciencia nos falta con la rectitud del intento.

Pero antes de entrar en el examen detallado de la presente Exposición, queremos hacer notar un hecho digno de estudio, y que afecta á la fisonomía general de nuestra restauración artística. Es indudable que en medio de las manifestaciones del genio individual, cuyo carácter dominante en la forma es un eclecticismo vacilante y desordenado, observase un movimiento de extraña oscilación, un flujo y reflujo de artistas, si se nos permite la frase, que no deja de prestarse á serias consideraciones. Por punto general éstos sostienen con dificultad la gloria de sus primeros triunfos; el sentimiento que les inspira en los primeros momentos de su vida artística, después una llamarada deslumbradora; después vacila á su apogeo. Su existencia tiene algo de anormal que se aparta de los caracteres ordinarios del progreso en el desenvolvimiento de las facultades del hombre, y que los condena á una fatal y prematura decadencia. Así hemos visto á muchos y muy celebrados artistas dar un gran paso al principio de su carrera y decaer en el período viril en que las ideas se fijan, el sentimiento de lo bello se robustece y se domina el procedimiento.

Hay, pues, algo de efímero en los elementos de esa sávia que se detiene ó se agota en el período en que, por regla común, se desarrolla la fuerza; hay un principio de atonía en el seno de esa actividad que se alarga después del primer obstáculo vencido. Este hecho salta á la vista al recorrer el museo donde se han recogido la mayor parte de las obras premiadas en las anteriores exposiciones. En medio del impulso progresivo que revelan en su conjunto todos aquellos trabajos imperfectos, pero inspirados en una idea grandiosa, fácilmente se ocha de ver la esterilidad en el seno de la abundancia. Los autores de aquellas obras se han contentado, en su mayoría, con hacer un ostentoso alarde de sus grandes cualidades y de sus no menores defectos. En presencia de aquellos grandes lienzos, de aquellas complicadas composiciones, de aquella diversidad de páginas históricas y de asuntos religiosos desarrollados en proporciones que parecen indicar un aliento robusto y su gran deseo de vencer las áridas dificultades del arte, vuélvese la vista á todas partes en busca de los progresos realizados después de aquellas brillantes y laboriosas primicias del genio; pero en vano: el punto de partida y la meta suelen ocupar el mismo término, y por lo común, á la primera expansión de las facultades creadoras sigue la decadencia ó el reposo.

¿Cómo se explica esta prematura decrepitud? ¿Será que la espontaneidad, la variedad y la fuerza, atributos ordinarios del genio, no son el carácter distintivo de la juventud que en España se propone resucitar el arte? ¿Será que faltando el calor del sentimiento, aquel no produce ya sus páginas sino como el resultado de supremos esfuerzos que paralizan el entusiasmo y agotan el vigor? ¿ó deberemos atribuir el fenómeno á la incertidumbre que trabaja los ánimos en la elección de los nuevos derroteros? Esta última nos parece razón bastante plausible para explicar el hecho, sin apelar á un pesimismo desconsolador. Asistimos, ya lo hemos dicho, á un trabajo de restauración; pero en ese trabajo aún no se ha manifestado más que una sávia rica y desordenada que busca en la tradición nuevas y estables condiciones de vida. Todas las inteligencias se agitan en la duda; todos los ojos buscan en las gloriosas obras del pasado la revelación del futuro ideal: desde el pético espiritualismo de la escuela toscana, hasta el naturalismo asombroso de los Rivera y los Velazquez, todas las manifestaciones intermedias, todos los estilos, todos los procedimientos materiales, están siendo objeto de inquieta exploración. Cada cual aspira á hacer revivir bajo el soplo de su propio genio las formas conocidas, á encontrar en la variedad de lo bello lo esquisito de la belleza, á encerrar el inquieto espíritu de su tiempo en un molde que venga las excelencias de la forma que ha servido para interpretar el entusiasmo y la idea del pasado. En este trabajo de refundición se agitan, como es natural, la desconfianza y la duda; se marcha con pié inseguro por caminos inciertos, buscando penosamente una originalidad imposible; se crea sin confianza en el resultado, esperando el fallo de un público en quien no existe la solidaridad del sentimiento; y el que hoy ha triunfado de la frivolidad general y de la anarquía y estrechez de los espíritus en materia de gusto, mañana vuelve á agitarse en la incertidumbre y á desmayar ante el obstáculo.

Rodeado de tantas y tan grandes dificultades, inherentes las unas al período crítico que atraviesa el arte, nacidas las otras de la perversión del gusto, que parece extraviarse y empujarse más á medida que más se extiende por las capas sociales, ¿qué extraño es que el genio vacile y se detenga en el camino después de intentar grandes empresas? Achaque es de los tiempos que corremos; vivimos en un momento de transición; asistimos á las convulsiones de un mundo que acaba y de otro que comienza, y todo es resaca de la agitación y la duda que preside á este cambio solemne. El arte no vive en el medio que le es favorable, y hay que esperar con resignación el porvenir.

Dada esta falta de iglesia y de fé común, conviene aconsejar á los jóvenes que no sigan ciegos las huellas de los que van delante por sendas tan poco firmes. Esta tendencia, que, á decir verdad, no es común entre nosotros, conduce á sofocar la libertad de la manifestación individual, tan necesaria en momentos de lucha, que exigen el múltiple desarrollo, la usada independencia de las fuerzas creadoras. Más segura guía ofrece el estudio de los grandes modelos, de los cuales no deben apartar los ojos los jóvenes por seguir una luz más ó menos deslumbradora que les sirva de guía y un modelo que imitar irreflexivamente, ahogando muchas veces los impulsos de un instinto independiente. En el estudio detenido de esos modelos consagrados por el sentimiento universal, no puede caber

extravío, mayormente si se busca con atención en la variedad de procedimientos de las escuelas y en la multiplicidad de las formas, la identidad del sentimiento estético.

Ya volveremos á este tema en los artículos sucesivos. Ahora nos parece más oportuno consignar la impresión general que hemos recibido al visitar la Exposición de 1871, á indicar su tendencia y significación.

La actividad no ha decaído; el número de cuadros presentados es considerable, y están representados en ellos todos los géneros. Desde el asunto histórico y religioso, cuya existencia ha de buscarse ante todo en la expresión, hasta la imitación pura y simple de la naturaleza, todas las gradaciones del arte han encontrado intérpretes más ó menos felices, afectando una gran diversidad de estilos y maneras. Bajo muchos puntos de vista el concurso actual no tiene gran importancia artística; las obras de mérito están en gran minoría, y hay un número considerable de ellas, que, á nuestro juicio, no han debido ser admitidas, si en verdad que ha habido un criterio para rechazar las que no parecieran dignas de entrar en el certamen. Pero si es cierto que en general el concurso no tiene una importancia y una significación proporcionada al grado de actividad que representa, observase en cambio un impulso muy notable, precisamente en el género cuyo cultivo exige condiciones más elevadas de genio y de educación artística. En la pintura histórica y religiosa hay que buscar este progreso, que, á nuestra manera de ver, es un esfuerzo feliz para sacudir el convencionalismo de que hasta ahora, por regla general, no han podido emanciparse nuestros pintores al tratar grandes asuntos de composición. Bajo este punto de vista hay en el palacio de la Exposición obras muy importantes que pueden presentarse como ejemplos señalados de una tendencia que busca la superioridad del arte en el vigor de la expresión y en la sobria energía de la verdad.

El primer gran paso que había dado la pintura en España, al salir de su postración, había consistido en un súbito engrandecimiento de los márgenes en que giraba el arte. El establecimiento de los certámenes públicos, haciendo entrar entre la juventud la emulación y el deseo de aspirar á los primeros premios, había puesto en favor los grandes asuntos pictóricos y acostumbrado á los artistas á mirar de frente las dificultades más áridas. Testigo de ello son las obras numerosas producidas en pocos años, en las que se tratan asuntos históricos ó religiosos desarrollados en grandes proporciones y en las que el pintor ha buscado ancho campo en que desenvolver sus facultades creadoras y poner á prueba sus dotes de expresión y de estilo. Pero en estas creaciones imperfectas se observa la timidez de los primeros pasos: casi todas se resentían de la tiranía que el modelo ha ejercido en el pintor; hay casi siempre algo de teatral en las actitudes y en la agrupación de las figuras; los paños acusan la rigidez del mantón; las cabezas, demasiado estudiantadas en el natural, carecen, por lo común, del fuego y del vigor sin los cuales el sentimiento del asunto, cualidad eminente de la pintura, no alcanza un grado superior de expresión en una palabra, en casi todas esas obras está mal escondido el arte bajo la enérgica huella de la inspiración.

Pues bien: en la Exposición actual observamos una tendencia manifiesta hácia el buen camino. Los cuadros más importantes realizan, á nuestro juicio, un cambio muy esencial en la manera de componer y de expresar el asunto: hay más energía y menos afectación de plasticismo; se ve que el ideal inteligible gana terreno sobre la excesiva preponderancia concedida al ideal sensible, y que se huye de toda afectación. Pocas son las obras en que se descubre este cambio, y no están exentas de defectos más ó menos graves, pero no es las puede negar una gran importancia por el paso que determinan y por la influencia que han de ejercer en el porvenir. Para comprender la distancia que las separa del convencionalismo y de la afectación, no hay sino comparárlas con las obras del mismo certamen en que pintores de reconocido mérito han desconfiado el camino de la verdad, y desde luego se notará el contraste altamente significativo á que nos referimos y del que los amantes de lo bello deben prometerse notables y próximos resultados.

Tal es, en nuestro concepto, la significación del concurso de 1871 en lo que tiene de más trascendental para el arte: un paso hácia la verdad. En los artículos sucesivos ampliaremos estas consideraciones generales al examinar detalladamente las obras que consideremos dignas de particular atención.

PEREZ GARCÍA CANSA.

REVISTA

DE LA ESCUADRA FONDEADA EN EL PUERTO DE BARCELONA.

Su Majestad el rey, acompañado de los ministros de Marina y de la Guerra, de una comisión del Almirantazgo, de varios jefes y oficiales de la Armada, de las personas que formaban la comitiva régia y de las autoridades y corporaciones provinciales, revistó el día 17 del mes último, en el puerto de Barcelona, la escuadra del Mediterráneo, que se componía á la sazón de las fragatas *Numancia*, *Mendez Núñez* y *Villa de Madrid*, de los vapores de ruedas *Leon*, *Ulloa* y *Lepanto* y de la goleta *Diana*.

Los buques estaban empavesados según el nuevo reglamento, y las tripulaciones en las vergas; la artillería saludó con las salvas de ordenanza.

Innumerables lanchas y embarcaciones de todas clases cubrían la rada ó escoltaban la flota real, y el espectáculo que ofrecía el puerto de Barcelona no podía ser más hermoso, más pintoresco ni más animado. La prensa diaria de todos los partidos políticos ha descrito oportunamente esta fiesta naval, y por lo mismo renunciamos, aunque con pena, á dar cuenta detallada de lo que ya conocen nuestros lectores y de la visita que hizo S. M. á los buques, á las obras del puerto, colocando en ellas la primera piedra para la construcción del faro que ha de alzarse en el dique del Oeste del puerto nuevo, de las regatas y del baile que se celebró á bordo de la *Numancia*; pero hemos creído conveniente publicar un dibujo que representa exactamente el momento en que la flota real se dirige al costado de estribor de la *Numancia*, seguida de muchas embarcaciones y saludada por los cañones de la escuadra. Los barcos estaban colocados, como aparecen en nuestro grabado, por el orden numérico siguiente:

- NÚMEROS. 1.º—Vapor *Lepanto*.
2.º—Vapor *Leon*.
3.º—Fragata *Numancia*.
4.º—Fragata *Mendez Núñez*.
5.º—Fragata *Villa de Madrid*.
6.º—Vapor *Don Antonio Ulloa*.
7.º—Goleta *Diana*.

X.

MANIFESTACION RADICAL.

La prensa política de todos los partidos ha dado cuenta minuciosa y detalladamente de la manifestación celebrada en Madrid el día 4 de este mes, con motivo de la votación parlamentaria que elevó al Sr. Sagasta á la presidencia del Congreso de los Diputados, y determinó una de las crisis más graves porque ha pasado la revolución de Setiembre.

Carecería, pues, de toda novedad cuanto pudiéramos decir sobre este importantísimo acto de las oposiciones radicales; y por lo mismo, y porque la índole de LA ILUSTRACION DE MADRID, periódico que vive alejado de las luchas que tan enconadamente sostienen los partidos en nuestra patria, no consiente que analicemos las causas que produjeron aquella protesta y la influencia que puede ejercer en la política española, nos abstenemos de repetir lo que otros han dicho y de añadir una sola consideración á las que en diverso sentido se han expuesto ya para condenar ya para aplaudir los que unos llaman uso y otros abuso de un derecho constitucional consignado en los artículos 17 y 18 del título primero del Código fundamental de la monarquía.

Pero si nos vemos obligados á desviarnos cuidadosamente de las controversias políticas, también debemos cumplir con el deber que nos hemos impuesto de reproducir con el lápiz y el buril cuantos sucesos de actualidad merezcan ser conocidos de nuestros lectores, y por esto no hemos vacilado en publicar el grabado que aparece en la pág. 301, por el que podrán nuestros suscritores formar idea de la manifestación celebrada el miércoles 4 del corriente mes, en la que tomaron parte un vice-presidente del Congreso, algunos diputados, tres ó cuatro ex-ministros, varios militares de elevada graduación y no pocos miembros de la Tertulia progresista, seguidos de siete á ocho mil personas, que unas por simpatías con el pensamiento que había organizado aquella protesta, y otras por curiosidad, se dirigieron procesionalmente á la plaza de Oriente (punto que elegimos para hacer nuestro croquis) desde el paseo del Prado.

LA REDACCION.

TAL PARA CUAL.

—Mujeres, ¡lo que son hombres!
—Hombres, ¡lo que son mujeres!

ROJAS.

I.

—¡Adios!... Mi suerte tirana
Me manda á Flandes partir.
¡Qué galas vendrá mañana,
Isabel, á tu ventana
Quejas y amores á oír!

—César, ¡que el olvido esperes
De quien tanto te ha querido!
—Sé, mi bien, cuanto hoy me quieres;
Más díz que va en las mujeres
Trae de la ausencia el olvido.

—Yo sí que con la distancia
Veré mi amor olvidado,
Que hay una máxima rauda
Que dice que es la inconstancia
Patrimonio del soldado.

—¡Oh! jamás te olvidaré;
Jamás Isabel querida,
—¡Y yo olvidarte podré?
—¡Si eres vida de mi vida!
—¡Si eres la fe de mi fe!

—El rizo que me has pedido
Simbolice mi pasión.
—Siempre en mi pecho prendido
Sabrá si á tu amor rendido
Palpita mi corazón.

¡Adios!... ¡En tu alma guardada
Queda el alma de los dos!
—En la tuya va encerrada
La mía!
—¡Prenda adorada,
Adios!
—¡Mi César adios!

* * *

—Dos besos murmuradores
Se oyeron tras una queja,
Y dos lágrimas de amores
Se perdieron en las flores
Que ornaban aquella reja.

Mientras de misterios llena
La luna siempre callada
Miro un instante la escena,
Y fuese á perder serena
Tras una nube azulada.

II.

Después de una y otra hazaña
Y después de esfuerzos grandes,
Terminóse la campaña
Y al fin tornaron á España
Los bravos tercios de Flandes.

Y una noche clara y fría
De una puerta en el dintel
Un militar se veía,
Observando en son de espía
La ventana de Isabel.

Esta, que á la reja estaba,
Pronto á César conoció...
Un rizo al pecho llevaba...
¡Pobre Isabel! sospechaba
Que era aquel que ella le dió.

Y él que á Isabel distinguía
Murmuró con triste afán:
—¡Oh! ¡Me espera todavía!...
¡Pobre César! No sabía
Que esperaba otro galán.

Y mientras cierra la bella
Y alejándose el doncel

Dicen en son de querrela:
El: ¡Oh! ¡Qué constante es ella!
Y ella: ¡Qué constante es él!

* * *

De aquellos besos de amores
Ya no se oyó el blando giro;
Sólo á esconderse en las flores
Corrieron murmuradores
Los ecos de dos suspiros.

Y en tanto, siempre velada
Por su eterna palidez,
La luna triste y callada
Tras de una nube azulada
Corrió á esconderse otra vez.

ÁNGEL RODRIGUEZ DE CHAVES.

BAÑOS DE ARCHENA.

Teníamos preparada una breve monografía de los Baños de Archena; pero la abundancia de original, que nos ha obligado á retirar varios artículos compuestos para el presente número, nos impide publicarla.

Los baños de Archena, tan concurridos en sus dos temporadas desde 1.º de abril hasta fin de junio, y desde 1.º de setiembre hasta terminar el mes de octubre, están situados en el término jurisdiccional de la villa de este nombre, provincia de Murcia, y en la orilla derecha del Segura. Nacen las aguas minerales al pié de la montaña que se llama *Salto del Cisno*, correspondiente á la cadena de montes de la margen derecha del río, y á corta distancia del sitio donde se hallan los famosos baños. El establecimiento se encuentra á cinco leguas de Murcia, 55 de Granada y 55 de Madrid, ó sea á 14 horas de esta capital por el camino de hierro de Alicante y por el de Albacete á Cartagena.

Los principios constitutivos que contiene una libra de agua mineral, están en las proporciones siguientes:

Azufre del gas hidrosulfúrico.	3,2375
Acido carbónico libre.	1,85635
Hidróclorato de sosa.	32,35250
Sulfato de sosa.	2,23530
Carbonato de cal.	1,64704
Carbonato de sosa.	0,94112
Sulfato de cal.	0,58816
Hidróclorato de magnesia.	2,32204
Silice.	0,04410

Los propietarios de este establecimiento han introducido notables mejoras en el servicio de los baños y de sus dependencias; pero puede y debe hacerse mucho más de lo que se ha hecho en beneficio de los innumerables enfermos que acuden todos los años á recuperar la salud perdida, haciendo uso de aquellas aguas cuyas cualidades medicinales son tan energías y de una eficacia incontestablemente reconocida.

Z.

ADVERTENCIAS.

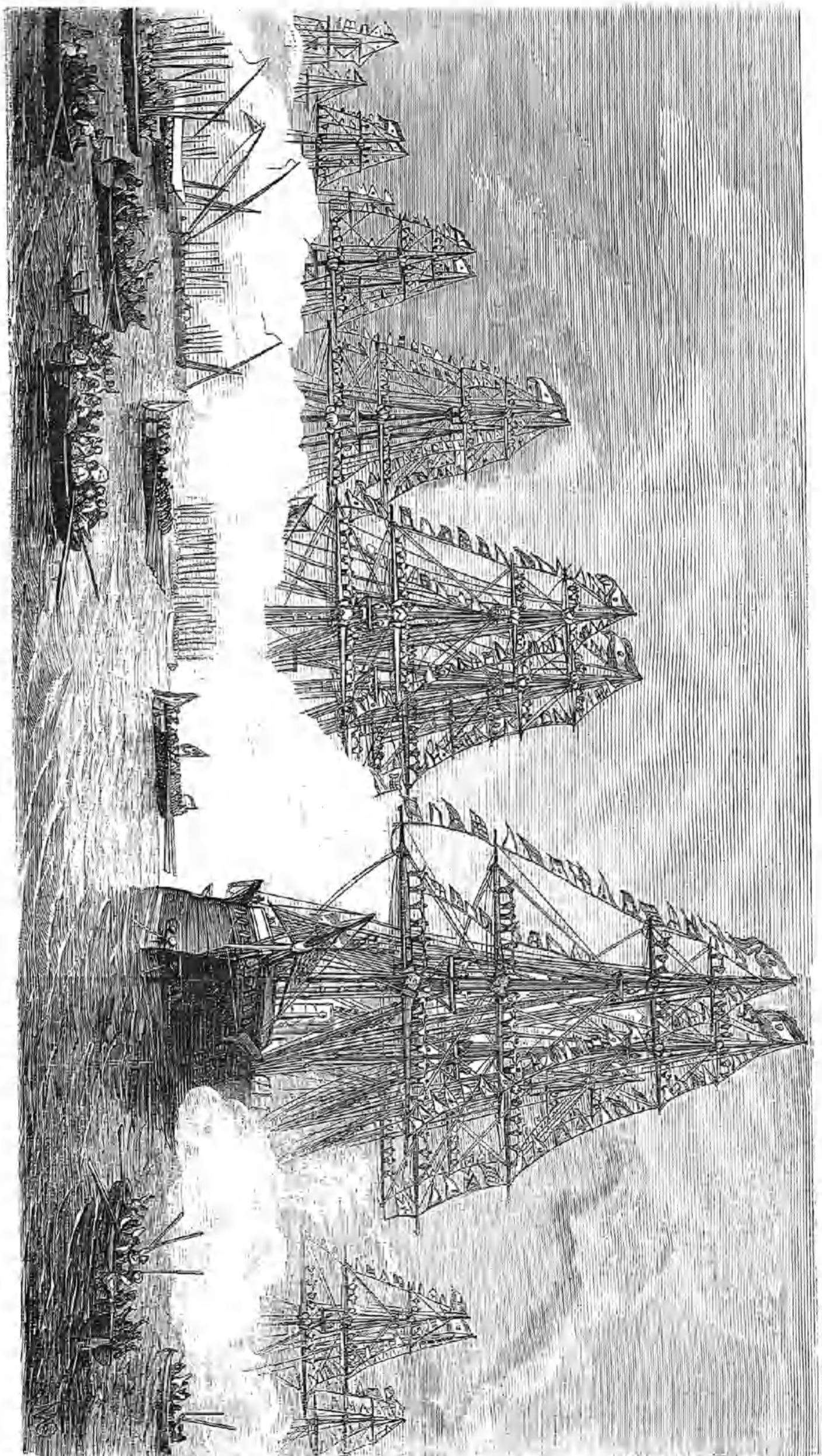
La apertura de la Exposición de Bellas Artes debió tener lugar el 8 del mes corriente, habiéndose aplazado para dentro de algunos días por razones muy atendibles; pero nosotros, que hemos podido recorrer diariamente sus salones y estudiar el conjunto de tan magnífico certamen y algunas de las obras presentadas, como nos proponemos estudiarlas todas, comenzamos á publicar en este momento la crítica de la Exposición y la colección de copias que para satisfacer la legítima impaciencia de nuestros lectores, hemos preparado é iremos dando á luz sin interrupción alguna.

La abundancia de original nos obliga á retirar á última hora, entre otros artículos, la biografía del Excmo. Sr. D. Antonio de los Ríos y Rosas, que publicaremos en el número próximo.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		CONA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Tres meses.	22 rs.	Medio año.	55 »
Medio año.	42 »	Un año.	100 »
Un año.	80 »		
EN PROVINCIAS.		AMÉRICA Y ASIA.	
Tres meses.	30 »	Un año.	240 »
Medio año.	55 »	Cada número suelto	
Un año.	100 »	en Madrid.	4 »



S. M. EL REY HEVISTA EN EL PUERTO DE BARCELONA LA ESCUADRA DEL MEDITERRANEO.